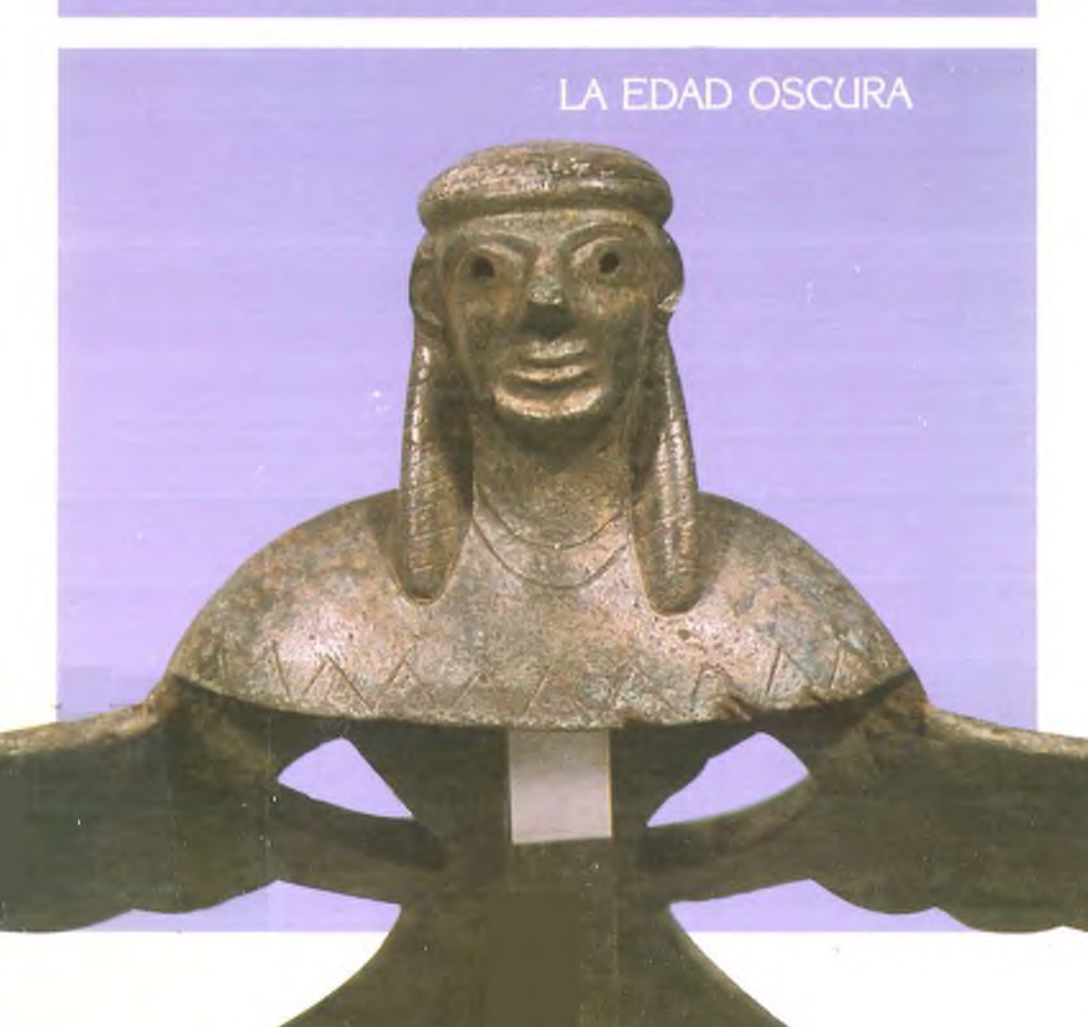
AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

15

GRECIA

LA EDAD OSCURA





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



GRECIA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

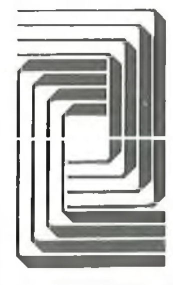
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito legal: M. 32.880-1988
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-292-0 (Tomo XV)
Impreso en GREFOL, S. A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Pinted in Spain

LA EDAD OSCURA

Arminda Lozano Velilla



Indice

I. Concepto de Edad Oscura

Para la aprehensión en toda su complejidad de este dilatado período histórico (1200-800 a.C.) han resultado decisivos los avances de la investigación en las dos o tres últimas décadas en aspectos varios, pero sobre todo arqueológicos y lingüísticos. Hasta el comienzo de la década de los setenta no hemos contado con monografías complexivas de esta etapa. Como se irá viendo a lo largo de las páginas siguientes, ello no implica una unidad de criterios e hipótesis en la interpretación de todas las características de estos siglos, puesto que los datos arqueológicos pueden considerarse desde ángulos distintos, pero sí han podido trazarse unas directrices generales básicas.

Para describir los siglos comprendidos entre dos períodos históricos bien conocidos —la civilización micénica y la época arcaica griega— se han empleado diferentes términos que vamos a enunciar.

A título de ejemplo, el gran historiador alemán Ed. Meyer (*Geschichte des Altertums)* titulaba esta etapa como «Edad Media griega» al igual que lo hizo también A. R. Burn (*The World of Hesiod,* 1936). Los arqueólogos han solido preferir el de «época geométrica», mientras que otros estudiosos, como los dedicados a la lingüística comparada, le han dado adjetivos como «Edad Heroica» *(Heroic Age)*. Entre éstos cabría citar a H. M. Chadwick en una obra así titulada.

Unos y otros sirven, sin embargo, para describir algún aspecto concreto, pero no son adecuados para la totalidad del período.

Desde luego, el primero, el paralelismo con la Edad Media, responde a una concepción de ésta, inadmisible actualmente. En cuanto al título de «geométrica», no corresponde a una realidad ni siquiera desde el punto de vista cronológico, pues se refiere en principio a la cerámica, y los vasos geométricos *sensu stricto* comienzan casi tres siglos después de iniciarse el período histórico que aquí estudiamos, es decir, a comienzos del siglo XII a. C. De todos los mencionados es ciertamente el de «Edad Heroica» el más desgraciado, por cuanto el espíritu heroico supuestamente adscrito a ella no fue patrimonio de una determinada época, sino de una clase social configurada como tal antes de la caída de los palacios micénicos, cuya entidad se mantuvo hasta el siglo V prácticamente, al menos en algunas regiones de Grecia Central sobre todo (así, el ejemplo de Píndaro).

Así pues, parece que el término de «Edad Oscura» es el más próximo a la realidad. Pero es necesario también hacer una salvedad, relativa al

modo de entender esa «oscuridad». Se la llama, en efecto, «oscura», no aludiendo a la existencia de unos siglos sombríos, como hasta hace poco se pensaba, sino por la falta de datos fehacientes que oscurecen o impiden el conocimiento histórico de dicha época. Es decir, toda imagen de una «Dark Age», tenebrosa y semisalvaje, resultado de una invasión masiva de gentes nuevas, los dorios, debe ser rechazada de manera tajante.

Ciertamente, pueden apuntarse algunas características que se presentan en la etapa postmicénica y que reflejan una cierta decadencia, al menos respecto al standard conocido disfrutado por los palacios micénicos. Snodgrass cita en concreto: 1) un posible descenso de población, seguro en algunas zonas; 2) descenso o inferioridad en la calidad material de los hallazgos arqueológicos; 3) declive o pérdida de las artes más elevadas, de entre las que sobresale a nuestros ojos la pérdida de la escritura, si bien para los contemporáneos no sería así; 4) descenso en el nivel de vida y, quizá

Anfora ática protogeométrica
(Siglo X a.C.)



en general de la riqueza; 5) contracción en los contactos tanto comerciales como de otro tipo, no sólo con los pueblos fuera del área egea, sino con los que habitaban dentro de ésta. A todo ello se añadiría un aumento de la inseguridad.

Migraciones y colonizaciones griegas después de la guerra de Troya

En efecto, incluso después de la guerra de Troya, Grecia sufría todavía migraciones y eran fundadas ciudades en ella, de modo que no podía quedar en calma y crecer; pues la vuelta de los griegos de Troya, al suceder después de mucho tiempo, ocasionó muchos cambios, y con frecuencia se produjeron luchas civiles en las ciudades, y siendo desterrados a consecuencia de ellas algunos, fundaban otras nuevas. Por ejemplo, los actuales beocios, a los sesenta años de la toma de Troya, fueron expulsados de Arna por los tesalios y poblaron la Beocia de hoy, que antes se llamaba tierra cadmea (ya anteriormente estaba en este país una parte de ellos, algunos de los cuales marcharon contra Troya), y los dorios se apoderaron del Peloponeso en unión de los Heráclidas a los ochenta años. Cuando tras mucho tiempo al fin Grecia entró en una paz estable y ya no sufría migraciones, envió fuera colonias, y los atenienses colonizaron Jonia y las más de las islas, mientras que los peloponesios colonizaron la mayor parte de Italia y Sicilia y algunos lugares del resto de Grecia. Todas estas colonias fueron fundadas después de la guerra de Troya.

(Tucídides I, 12)

Queda ahora por considerar cuál era la visión que los antiguos griegos tenían de esta época, de acuerdo con los testimonios recogidos en las obras literarias.

En líneas generales, cabe señalar que las fuentes antiguas corroboran cuanto hemos dicho: falta en ellas, en efecto, una conciencia clara de que los siglos posteriores al fin del mundo micénico —es decir, la Guerra de Troya, obligado punto de referencia para todos los autores— fueran especialmente sombríos.

En los poemas homéricos, ciertamente, se presenta este episodio y su resultado como sucedido en tiempos mejores, en una edad heroica, pasados hacía mucho tiempo. Sir M. Bowra *(The Meaning of a Heroic Age)*, considerando las muy variadas circunstancias por las cuales se puede llegar a esa concepción, afirma que en Homero, y dentro del contexto de la edad heroica, Néstor tiene una actitud similar al evocar con nostalgia los grandes días de su juventud dos generaciones antes (Il. 5-260). Las alabanzas homéricas, por tanto, no se limitan a la época micénica. La evocación del pasado no es patrimonio exclusivo de épocas de gran crisis, sino que es inherente al género mismo de la poesía épica. Así pues, los poemas homéricos no son suficientes para sugerir que tras la Guerra de Troya había sobrevenido una Edad Oscura en la que se encontraba el mundo griego todavía cuando fueron escritos tales poemas.

Hesíodo es un caso diferente. De hecho, su exposición del Mito de las Edades *(Trabajos* 110 s.) podría constituir la única excepción, si bien aparente, al denominador común de nuestras fuentes y a su apreciación de este período. En este mito se describen las cinco razas o generaciones de hombres. Las dos primeras corresponden a las de oro y plata; a continuación la de bronce, seguida por el *genos heroon,* compuesto por los contemporáneos de la expedición de los *Siete contra Tebas* y la Guerra de Troya, y finalmente la de hierro, en la que el propio poeta vive. Sin embargo, la inserción de la generación de héroes, entre la del bronce y hierro, rompe llamativamente el hilo de la supuesta decadencia. No hay, por tanto, conciencia clara de ella, y mucho menos de una época de crisis radical en época postmicénica.

Los poetas arcaicos, aunque más próximos a los acontecimientos que los primeros prosistas griegos, resultan, sin embargo, menos útiles que éstos en cuanto a proporcionarnos cualquier tipo de información sobre la Edad Oscura, por más que tampoco en esos escritos se encuentra siempre una interpretación del pasado. En Heródoto, por ejemplo, falta todo intento de estudio o análisis histórico de tiempos tan pretéritos, si bien al comienzo de las *Historias* (I, 1-5) considera acontecimientos de la edad heroica, anteriores incluso a la Guerra de Troya, intentando encontrar algún motivo explicativo o justificativo del gran conflicto entre griegos y persas. De todos modos, el historiador de Halicarnaso considera que tales sucesos pertenecen a una época demasiado temprana como para ser llamada histórica, es decir, quedaba fuera de las fronteras de un conocimiento auténtico. Y siendo esto así, el período inmediatamente posterior —la Edad Oscura— no era muy diferente. Heródoto guarda, pues, absoluto silencio sobre el tema.

En cuanto a Tucídides, muchas de sus apreciaciones contenidas en su «Arqueología», al comienzo de la *Historia,* están en consonancia con las que actualmente tenemos. Se habla allí de lo reducido de las ciudades en tiempos antiguos, así como de un declive y pobreza generalizados, de la falta de comunicación y comercio, de piratería e inseguridad, de la necesidad de llevar armas, de migraciones, etc. Pero al analizar con más detalle estos comentarios, encontramos que algunos de ellos parecen aplicarse a un período muy anterior al de la época oscura. La dificultad de seguir ordenadamente su exposición nace de la falta de una cronología, de manera que de toda ella emana una sensación de vaguedad, unas ideas generales aplicables a todo el período anterior, referido tanto a la época previa a la Guerra de Troya como a la siguiente. La narración histórica de Tucídides ofrece un progreso lento pero continuado. Así, por ejemplo (I, 12), cuando dice que «incluso después de la Guerra de Troya Grecia estaba todavía inmersa en migraciones y establecimientos en busca de tranquilidad», implica que la etapa postheroica era considerada como un apéndice de un período de intranquilidad desarrollado anteriormente. Su advenimiento estaría marcado no por cambios en el tipo o nivel de vida, sino por ulteriores movimientos de población. La conclusión, por tanto, es evidente: la inseguridad, movimientos migratorios y otras supuestas pruebas de la aguda crisis de la Edad Oscura eran proyectadas por Tucídides a la propia época micénica. Lo que sigue es asimismo muy vago: la pacificación de Grecia se efectuó con dificultad y gran lentitud e hizo posible la migración jonia y la colonización del Occidente mediterráneo, acciones éstas acaecidas después de la Guerra de Troya. Esta imprecisión cronológica era la prevalente en época del gran historiador ateniense. Ya con el capítulo siguiente (I, 13), al comenzar a hablar del advenimiento de la tiranía, entra de lleno en la época arcaica, en una etapa, por tanto, plenamente histórica, dando por concluido su relato de la época oscura.

Esta narración tan sumaria sugiere que, también para Tucídides, el período tras la llegada de los dorios constituyó una edad oscura en el sentido de que él no conocía nada más sobre ella. Sin embargo, su exposición añade una dimensión nueva e importante al concepto clásico de tal Edad Oscura: la noción de una mejora continuada desde la época del Bronce hasta la arcaica, sin retroceso al final de la edad heroica. Ello constituye una idea enriquecedora y de gran alcance, por cuanto la Edad Oscura era para Tucídides mejor que su predecesora. Puesto que su principal característica fue la pacificación de Grecia —con sus resultados: crecimiento material y coloni-

zación ultramarina—, la época postdoria, tal como aparece presentada por Tucídides es mejor que la transcurrida anteriormente, siempre, por supuesto, desde su punto de vista.

Una mejora sostenida implica continuidad. Pero es esta opinión tucididea de continuismo entre la Grecia heroica y la clásica lo que parece inaceptable a los ojos de los historiadores actuales.

Los datos proporcionados por otros historiadores, cronógrafos y mitógrafos —a los que sólo podemos referirnos ahora de un modo general— tampoco parecen apoyar la existencia de una «Dark Age» posterior a la época micénica.

En conclusión podemos, por tanto, decir que cabe hablar de «Edad Oscura» en cuanto que faltan datos sobre ella, que el nivel de vida, como veremos a continuación, era inferior al de la época micénica, si bien no tanto como se ha pretendido, y, finalmente, que los antiguos no tenían conciencia de un período tan siniestro o al menos no aluden a él en esos términos.

Anfora ática
(Siglos X-IX a.C.)
Museo Nacional de Atenas



II. Fuentes para el estudio de la Edad Oscura y conclusiones de su estudio

Las fuentes a nuestra disposición son de tres tipos: 1) arqueológicas, 2) historiográficas, y 3) literarias. Como paso previo adelantamos un breve comentario sobre cada una de ellas.

Los arqueólogos operan con datos objetivos, lo cual permite no sólo fijar dataciones con cierta exactitud, sino también, en su caso, el itinerario de los movimientos migratorios, observable en sus restos.

A su vez, el estudio arqueológico plantea ciertas cuestiones: 1) el problema de la delimitación cronológica de la «Dark Age», es decir, su comienzo y su conclusión; 2) la cuestión de las causas del final del mundo micénico y, por consiguiente, el papel desempeñado en él por los dorios y la supuesta migración de este pueblo.

Los datos de la tradición historiográfica carecen de valor objetivo por sí mismos, de modo que no pueden tomarse como fundamento para trazar una panorámica histórica de este período. Hay que aludir a ellos, pero examinando con cuidado los datos que nos proporcionan.

Las fuentes literarias —poemas homéricos, Hesíodo— tienen un valor excepcional: Homero para los aspectos políticos y Hesíodo *(Trabajos)* para los sociológicos. No obstante, la profusión de datos homéricos no corresponde a un momento determinado, sino a un dilatado período de más de cuatro siglos (siglos XII-VIII a. C.), cuya interpretación plantea serios problemas, dada la amalgama de diversos estadios:

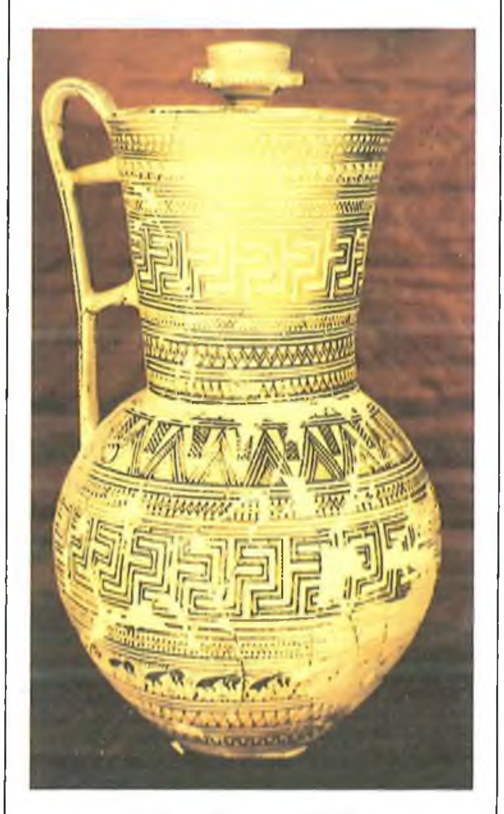
1) La delimitación de estratos culturales: supervivencia de la Edad de Bronce; continuidad y discontinuidad de la tradición micénica; elementos específicos de la Edad Oscura.

2) La adecuación de los datos culturales con los estratos lingüísticos. En este sentido cabe observar que los pasajes lingüísticamente recientes son de composición forzosamente tardía, aunque el tema, los objetos o las personas que en ellos se traten se nos presenten como correspondientes a época micénica o comienzos de la submicénica.

El *desideratum* de los historiadores sería hacer posible el acoplamiento de los datos aportados por los tres tipos de fuentes, lo cual, lamentablemente, sólo se cumple en algunos casos.

1. Datos arqueológicos

Cabe adelantar una observación previa. El estudio de un período tan dilatado no puede efectuarse en bloque; es inseguro formular generalizaciones sobre la Edad Oscura en Grecia e inferir condicionantes de una fase a otra, así como de unas áreas a otras. Como dice Snodgrass (*op. cit.*, pág. 24), es necesario, para comprender este período, hacer dos divisiones, una horizontal y otra longitudinal, posibles ambas con ayuda de la clasificación de estilos cerámicos.



Crátera ática geométrica
(Siglo VIII a.C.)

1.1. Delimitación cronológica de la Edad Oscura

De manera general suele decirse que este período es el comprendido entre el fin del mundo micénico y el comienzo de la época arcaica, pero, a su vez, ambos términos se nos aparecen como cronológicamente difusos.

En primer lugar, y así lo advierte J. T. Hooker (*Mycenean Greece,* Londres, 1976), no se puede hablar de fin del mundo micénico en términos biológicos a la manera de Spengler, pues, de hecho, las catástrofes acaecidas en torno al 1200 no se dieron en la «vejez» del mundo micénico, sino justamente en plena *acmé.* Se asiste en este período al fin del sistema por el que los señores de los palacios —a juzgar por el lineal B— ejercían un riguroso control sobre sus súbditos. El final de la cultura micénica no fue absolutamente brusco, pues no concluyó con un corte, sino que cambió más o menos gradualmente hacia la civilización de la época geométrica.

Por otra parte, es difícil precisar si la transición hacia el mundo submicénico —transición, no corte— comienza tras los desastres de ca. 1200, es decir, con el período HR II c, o poco después (Hooker sugiere 1200-1050, lo que parece excesivo). Desborough (*The Greek Dark Ages,* Londres, 1972) hace empezar la Edad Oscura en ca. 1125, coincidiendo con el comienzo de la cultura submicénica.

Tampoco sobre la fecha término de la época que estudiamos existe unanimidad de criterios. Así, G. S. Kirk afirma: «hacia 1050, posiblemente, 1000 probablemente, 950 ciertamente», refiriéndose, claro está, a la Edad Oscura auténtica. Desborough incluye en su estudio hasta el ca. 900, es decir, más o menos hasta el final del período Protogeométrico, mientras que Snodgrass lo lleva más adelante, aun reconociendo que a fines del siglo X, al menos en ciertas regiones, las condiciones específicas de la «Dark Age»

habían cambiado y que entre fines del siglo X y el comienzo del siglo VIII —prácticamente, pues, durante el siglo IX a lo largo del Geométrico—, el panorama ya no era el de la «Dark Age» propiamente dicha.

No obstante, el auténtico «Renacimiento» griego no tiene lugar hasta mediados del siglo VIII y éste supuso el fin de la Edad Oscura. Esta «Greek Ranissance», en la terminología de los historiadores ingleses tendría como características más sobresalientes: 1) el comienzo de la gran colonización griega, en un principio hacia el Mediterráneo Occidental, luego extendida a otras zonas, que implica la existencia de una *polis* organizada; 2) resurgimiento del arte figurativo, no lineal: se asiste a la asimilación de este tipo por las antiguas escuelas geométricas; 3) creación de nuevas *póleis* y agrupaciones superiores, ligas, etc.; 4) resurgimiento de las intercomunicaciones hasta niveles sólo alcanzados en época micénica; 5) arquitectura, tanto sagrada como doméstica, con mejores materiales, aunque los tipos de edificación se dieron ya en época anterior.

1.2. Comienzo de la Edad Oscura y fragmentación de la cultura micénica del HR III b-c

Los comienzos de la Edad del Hierro en Grecia hay que situarlos en el siglo XI a. C.: el período de declive inmediatamente anterior pertenece a la época micénica como lo evidencian una serie de rasgos que vamos a enunciar brevemente, a través de los cuales puede apreciarse cómo la cultura micénica, si bien decadente y moribunda, continúa vigente. Es la fase conocida como Heládico Reciente II c, cuya cronología se establece entre 1200-1125.

La cerámica de este período crepuscular conservó todavía su fortaleza según se desprende del hecho de ser la única cerámica pintada que seguía produciéndose. A ello se añade que durante el siglo XII e incluso en el siglo XI continuaron ocupados un número sustancial de asentamientos micénicos: los signos de fuego y destrucción característicos de los años inmediatamente anteriores al 1200 aparecen ahora muy raramente. Persisten todavía las prácticas funerarias de enterramientos familiares en tumbas de cámara y más raramente en tolos, como también perduran los ornamentos micénicos y las figurillas femeninas de arcilla.

Ya hemos anotado cómo la cerámica refleja la vitalidad cultural del HR II c. La Argólida, región hegemónica de la civilización micénica que recibió los golpes más duros en la oleada de destrucciones acaecidas en torno al 1200, fue también la que presenció la recuperación más poderosa. Así lo testimonia, por ejemplo, la producción del vaso de los guerreros, y la manufactura y difusión del llamado «Close Style». Quienes hicieron posible productos como los citados difícilmente vivirían en una «edad oscura». La destrucción del «Granary Style» en torno al 1150 es un hecho aislado, sin consecuencias en el desarrollo de los acontecimientos, de tal manera que ha llegado a sugerirse que el incendio se debió a un accidente. Micenas fue reocupada, pero ciertamente otros enclaves lo estuvieron ininterrumpidamente, como Asine y Argos. Tirinto, que se creyó durante un tiempo que había dejado de existir cuando la primera destrucción de c. 1200, disfrutó de un período de florecimiento durante el HR III c, manifestado en las dimensiones del asentamiento de esta época.

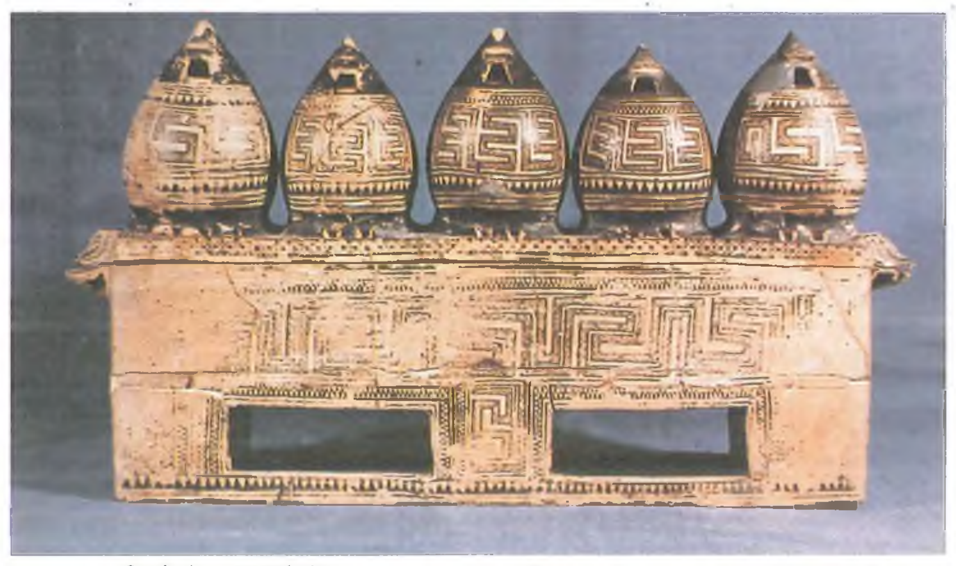
Otras áreas del mundo griego vivieron distintas vicisitudes. Algunas, como Acaya, sobre todo, Cefalenia, Atica oriental, las Cícladas y el Dodecaneso, contemplaron en el siglo XII un crecimiento de población micénica, ocasionada probablemente por refugiados procedentes de áreas agitadas. Contactos más o menos in-

termitentes con otras zonas del mundo micénico siguieron manteniéndose. A su vez, en Quíos surgió entonces un asentamiento nuevo. El caso de Chipre es más llamativo por cuanto registra entonces, en el siglo XII, el mayor influjo micénico, cuyo reflejo se acusó en forma de florecimiento artístico en distintos campos, sobre todo en arquitectura y en el trabajo de metal y marfil.

Sin embargo, en contraste con esas áreas, Mesenia y Laconia, que constituyeron centros micénicos de los más florecientes durante el siglo XIII, acusaron tan tremendamente las destrucciones y despoblación acaecida en torno al 1200 que cayeron en una profunda oscuridad. A comienzos del siglo XIII, los supervivientes retuvieron, sin embargo, su cultura micénica, estando incluso en contacto con otros distritos del mundo micénico. La violencia de la despoblación puede juzgarse por el hecho de que en Mesenia de los 150 núcleos habitados en el siglo XIII sólo catorce o quince pueden ser atribuidos al siglo XII. En cualquier caso, hubo supervivientes micénicos en el siglo XII en toda esa área, sin que se hayan encontrado huellas de nuevos colonos.

En Laconia se pierde el rastro arqueológico hasta el siglo X, de manera que el carácter de la cultura material de comienzos de la Edad Oscura nos es desconocido.

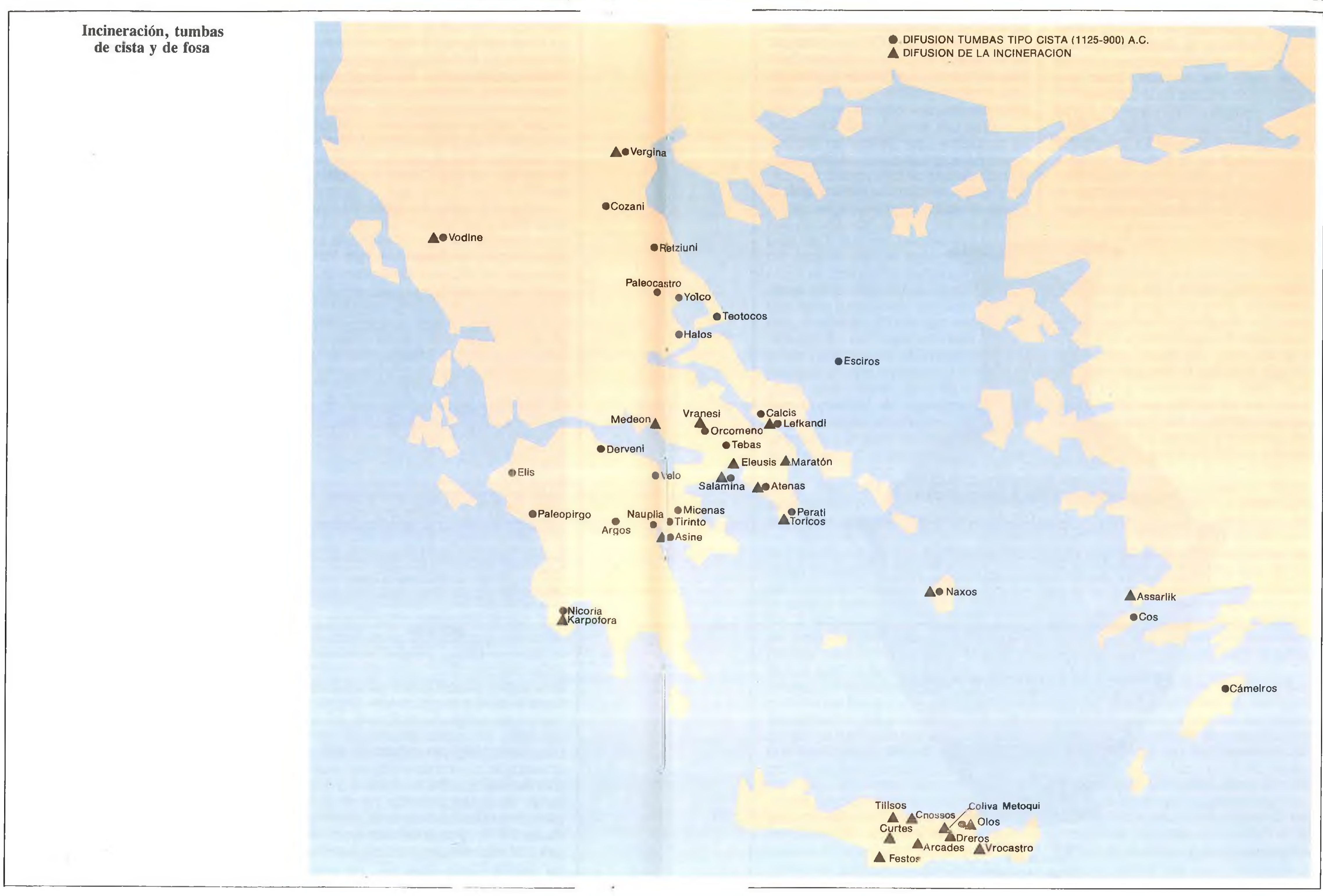
También el Atica occidental vio despoblarse alguno de sus núcleos anteriores. Tesalia proporciona una panorámica única: el palacio de Yolco fue destruido, pero en una fecha, según parece, considerablemente más tardía que los otros. Además, en Tesalia —incluso en el asentamiento junto al propio palacio— no hay destrucción y casi todos los lugares permanecieron ocupados, excepto unos pocos en la zona septentrional. Creta quedó al margen de esa intranquilidad de los dos últimos siglos y, aparentemente al menos, en el siglo XII disfrutó de paz, asimilando la última oleada de gentes micénicas, dedicadas a actividades artísticas en relación con el Dodecaneso y Chipre, llegando a ejercer influjo en la cerámica continental del momento, es decir, el «Close Style» de la Argólida.



Cerámica geométrica de Atenas
(Fecha: ca-850 a.C.)
Museo del Agora

Así pues, la serie de catastrofes aca-

Incineración, tumbas de cista y de fosa



ecidas hacia fines del siglo XIII destruyó, en efecto, la unidad del mundo micénico, pero posteriormente, y durante algún tiempo más, hubo una cierta supervivencia de lo anterior —e incluso recuperación— que no puede ser llamado todavía Edad Oscura. Esta comienza cuando las principales características de la época precedente se pierden finalmente de modo irremediable. Ello, como vemos, no se produjo de una vez ni al mismo tiempo en la totalidad del área micénica.

Donde la Edad Oscura se impone en primer lugar es en Grecia Central, Beocia, Atica Occidental, Argólida, Corintia y Elide. La nueva cultura se denomina submicénica.

Hay una serie de indicios —tres en concreto— que indican un cambio en los hábitos culturales: a) Desaparición de elementos típicamente micénicos; b) atomización en estilos locales; c) introducción de nuevos tipos cultu-



Anfora cineraica de Atenas
(Siglo IX a.C.)

rales. Estos dos indicios aparecen ya durante el HR III c (1200-1125), si bien van tomando carta de naturaleza a partir de 1125, fecha que marca el comienzo de la cultura submicénica. Glosaremos brevemente cada uno de estos aspectos.

Desaparición de elementos micénicos

Podemos citar entre éstos algunos de los más significativos, como los grandes palacios de piedra, con la excepción de Yolco, en Tesalia, que subsistió durante todo el siglo XII; las murallas de tipo ciclópeo, aunque en Micenas en el siglo XII aparecen utilizadas como acueducto; las casas de piedra, si bien se encuentran todavía en Asine y Tirinto, lugares donde, según hemos dicho anteriormente y de acuerdo con los testimonios arqueológicos, se dio en el siglo XII un floreciente período de reocupación; los *tholoi,* excepto en Argos, allí donde aparecen a lo largo del submicénico, y en Mesenia y Tesalia en el siglo X. De hecho, en Micenas, el final de los *tholoi* se sitúa más pronto, antes de la desaparición del HR III b, pues no se construyó ninguno en el HR III c.

Como cuestiones especiales pueden señalarse dos: el mantenimiento de las tumbas de cámara a lo largo del III c en toda Grecia y en Creta durante toda la época oscura; el problema de la continuación de la escritura, pues resulta imposible saber si desapareció o no. De hecho, ni siquiera sabemos si en la época de las tablillas la escritura era empleada fuera de la administración palaciega. Hooker *(Mycenean Greece)* señala, por su parte, que el hecho de que el lineal B no esté atestiguado después del 1200 no prueba su desaparición, pues es conocido que, en Creta, la escritura tuvo un uso limitado después del fin del período palaciego en Cnossos, mientras que, en Chipre, la escritura chiprominoica sobrevivió a la Edad del Bronce, teniendo sus sucesores en la época clásica.

Desintegración del standard micénico —HR III b— en estilos locales

Este aspecto, circunscrito prácticamente a la cerámica, constituye, sin embargo, el testimonio más vivo de la fragmentación de la cultura micénica.

Aunque no podemos detenernos a considerar cada estilo, diremos que es necesario hacer una primera división de base geográfica, diferenciando los estilos griegos continentales, el chipriota y el propio del Minoico Reciente III c.

Ateniéndonos a Grecia continental, también aquí existe una variedad que puede resumirse en la existencia de dos estilos en pugna: el «Granary style» y el «Close style». Ambos constituyen una evolución contrastada y diferente respecto al standard micénico del III b: el primero, o estilo Granary, de formas abstractas con pocos elementos decorativos, sirviéndose sobre todo de un motivo a base de olas horizontales, marca el último estadio en la estilización hacia la que había ido tendiendo la cerámica micénica durante el III b; el segundo —o estilo Close— contrasta con el clasicismo del III b, pues representa una fuerte reacción en relación con las tendencias decorativas de la cerámica de éste. Es un estilo barroco, en el que se mezclan elementos geométricos y animales, sobre todo pájaros y animales marinos, dispuestos en paneles horizontales, pero primando éstos sobre los motivos abstractos.

A éstos se podría añadir un tercer «estilo» en Micenas: el del Vaso de los guerreros, difícil de encasillar en cuanto a su tipo de decoración. Los soldados llevan una indumentaria militar micénica, si bien no faltan influjos minoicos. Contemporánea de este vaso es la Estela de los guerreros, también de Micenas, donde aparece representada una fila de soldados en actitud de marcha y cuya apariencia presenta caracteres muy similares a

la del vaso al que acabamos de aludir.

De los dos estilos principales mencionados es el «Granary» el que va imponiéndose progresivamente a partir de finales del HR III c, según se observa en aquellos yacimientos donde la estratificación se puede precisar. Cada una de las áreas en que la cerámica del HR III c está bien atestiguada sigue un desarrollo particular, aunque no siempre en total aislamiento. En el Atica dio lugar a la cerámica submicénica; la cerámica rodia presenta influjos procedentes de la Argólida, mientras que la aquea, por ejemplo, es bien distinta de la argiva; la encontrada en Lefkandi (Eubea) presenta semejanzas por una parte con la de Yolco (Tesalia) y por otra con la cerámica procedente del cementerio de Perati en el Atica oriental.

En cuanto a otros objetos culturales como son las figurillas femeninas de arcilla micénicas, puede observarse que hacia 1200 los tipos Φ y T caen en desuso mientras otro, el Ψ evoluciona hacia tipos derivados atestiguados en Grecia continental y sobre todo en el Dodecaneso y Sur de Creta. Además, su distribución es considerablemente más amplia que las figurillas del HR III b, lo cual, junto con la cerámica y otros hallazgos, constituye un argumento sobre el movimiento de los micénicos hacia fuera de la propia Grecia en el período III c.

Innovaciones culturales respecto al standard micénico

Se presentan éstas en los siglos XII y XI a. C. y han sido asociadas por la moderna investigación arqueológica con el comienzo de la Edad Oscura, al menos su aparición en gran escala. Podemos distinguir tres grupos: C1) Objetos materiales, C2) Tipos de enterramientos e introducción al hierro; C3) Cambios de los tipos de construcción. Vamos a continuación a detallar los motivos más notorios de cada uno de éstos.

Objetos materiales

El problema en este ámbito es dilucidar si determinadas clases de objetos fueron introducidos realmente en el mundo egeo desde áreas situadas fuera de él, o si existe otra explicación más verosímil para aclarar su aparición.

Estas novedades consisten fundamentalmente en nuevos tipos de instrumentos metálicos. Los más relevantes y de acuerdo con el criterio de Snodgrass (*The Dark Age of Greece,* págs. 305 y ss.) son los siguientes: el tipo de espada broncínea de hoja recta y empuñadura redondeada conocida como «Nave II» o «Griffzungenschwert» («empuñadura en forma de lengua»); punta de lanza en forma de llama —laureada— y cuerpo fundido de una pieza, sin división central; la daga de mango redondeado conocido como «daga tipo Peschiera»; cuchillo de bronce de un solo filo, con o sin curvatura de su hoja; fíbula de arco de violín, forma más temprana de este tipo de broche, hacha lobulada (Armchenbeil).

Todos estos tipos se han considerado como introducidos en ámbito griego aproximadamente en la época de las grandes destrucciones, a finales del HR III b, con representación adecuada en el área egea. Se excluyen de esta relación objetos raros, aislados, como el molde para la fundición de una doble hacha del Norte de Italia, o más probablemente eslovaca, encontrada en Micenas. A los demás —los ya citados— ha solido atribuírseles un origen en tipos de la Edad del Bronce vigentes en Europa central y oriental. Ello indicaría, además, un vasto movimiento de esas poblaciones hacia el sur, que acabaría por penetrar en Grecia, por lo cual estarían estrechamente relacionados con la destrucción de los palacios micénicos (M. Gimbutas, *Bronce Age Cultures in Central and Eastern Europa,* 1965 pág. 339).

Sin embargo, como apunta el

mismo Snodgrass, para que dichos objetos obedecieran a las motivaciones señaladas tendrían que constituir algo totalmente nuevo, es decir, que su aparición —tras haber sido desconocida en momentos anteriores— se produjera súbitamente en la época de la destrucción, para convertirse en habituales, o, al menos, no fueron extraños en la etapa posterior. Sin embargo, un cuidadoso análisis del área de difusión geográfica de tales objetos y de la cronología obliga a adoptar otras conclusiones.

El primer tipo de los citados, la espada «Nave II» tuvo una pequeña incidencia en el Egeo durante el HR III c, pero también se encuentra más al este, en concreto en el delta del Nilo, en el último cuarto del siglo XIII a. C. durante el reinado del faraón Seti II. Existe asimismo un ejemplar encontrado en una tumba en Enkomi (Chipre) datada en la transición del III b al III c en el Egeo. En la hipótesis de un origen centroeuropeo, tendrían que haber llegado al Egeo algo antes, como su propio hallazgo sugiere. Ciertamente una espada semejante ha sido hallada en una tumba de



Anfora geométrica de Atenas
(Siglo IX a.C.)

Langada, en la isla de Cos, dentro de un contexto perteneciente de lleno al HR III b. Cabe afirmar, por tanto, que tales espadas fueron conocidas y utilizadas por los micénicos bastante antes de producirse la oleada de destrucciones de los palacios.

De todos modos, dado que se trata de un arma, es fácil suponer que su difusión se debiera a expediciones de pueblos extranjeros, pues, además, se ha demostrado con claridad que esta clase especial de espada tiene unos antecedentes seguros en tipos de espada primitivos de Europa central (S. Foltiny, AJA 68, 1964, pág. 247 y ss.). No obstante, elementos aislados de este arma eran conocidos también para los micénicos, pues están representados en espadas y sobre todo en cuchillos distribuidos por el Egeo en la fase tardía de la Edad del Bronce. Por esta razón podría aceptarse la hipótesis de que aun no teniendo un origen puramente egeo, pudiera darse un desarrollo paralelo en el Egeo y en Europa Central, es decir, que las espadas «Nave II» encontradas en área egea podrían haber sido hechas allí mismo, produciéndose a su vez con variantes locales. No sería, por tanto, necesario recurrir como explicación a una invasión armada desde Grecia septentrional.

En cuanto a los siguientes objetos mencionados, la punta de lanza en forma de llama y la daga tipo «Peschiera» son efectivamente ajenas al área egea en cuanto a su origen, pues proceden del norte de los Balcanes e Italia, respectivamente. Ambas tienen una distribución similar en ámbito griego. Respecto a las puntas de lanza, H. W. Catling distingue a su vez dos clases: el llamado tipo Cefalenia, que se encuentra atestiguado además de en Metazata (Cefalenia), en el Epiro e islas jonias, y el tipo Mouliana, testimoniado en Creta, de donde deriva su nombre, en Micenas, Cos y Chipre. La daga «Peschiera» se ha hallado a su vez en Creta (varios casos), Filacopos (Philacopi, Melos) y Naxos. Ambos tipos están ausentes por tanto de las zonas hegemónicas del mundo micénico.

En cuanto a su cronología, la punta de lanza en cuestión parece datar exclusivamente de la etapa posterior al final del HR III b, mientras que las dagas «Peschiera» tuvieron que haber comenzado antes, a finales del siglo XIII.

Por lo que respecta a los cuchillos, la panorámica es más complicada, dada la mayor variedad de tipos dentro de la misma clase de objeto. No obstante, desde el punto de vista cronológico, algunos parecen del HR III a, otros del III c, pero, según Marinatos, hay dagas en el área egea de una fecha primitiva —del HR I y II— que presentan características afines a las descritas. *(Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protoistoriche,* Roma 1962, I, 170-1.)

El tipo de hacha a que nos hemos referido, aunque no es un objeto común, está representado en varios enclaves. Así, en Asine en el III c y en Beocia en la misma época. El ejemplar del asentamiento de Serrallo en Cos puede ser quizás anterior, en concreto del HR III a o b. Sin embargo, el origen de este objeto no puede situarse en Europa, sino en Asia y quizá más concretamente en Anatolia.

Las fíbulas de arco de violín, por su parte, parece que llegaron a Grecia antes del III c, pues tipos ya más desarrollados se han encontrado en una tumba de Langada en Cos perteneciente a la transición entre el III b-III c. En Metaxata (Cefalenia) ha aparecido asociada a vasos datados en el III b. Mientras en Enkomi (Chipre) pueden ser contemporáneas de una fase temprana del III c. Si éstos son ejemplares correspondientes a tipos desarrollados, los simples y más primitivos tuvieron que haber llegado algún tiempo antes. Esto parece com-

probarse por el hallazgo de algún ejemplar de esta clase más simple en tumbas de cámara de Micenas, datadas al comienzo del III b.

El origen de estas fíbulas es una cuestión no aclarada totalmente. Aparecen, sin que haya unos antecedentes claros, además de en el Egeo en las Terramaras de Italia septentrional y en la llamada por Reinecke fase D de la Edad del Bronce de Europa central. Su cronología se extiende durante el siglo XIII (más o menos el III b), sin que exista una clara prioridad de ninguna de esas tres regiones. El único indicio que podría servirnos para ilustrar su derivación de una de las dos áreas septentrionales es la probable conexión de la fíbula con una nueva forma de vestido y naturalmente, por tanto, con un clima frío. Se ha sugerido, incluso, que la estricta simultaneidad de la aparición de la fíbula en cada región se debería a un cambio climático habido en Grecia y en las regiones de Europa central, el cual induciría así a un vasto movimiento de población hacia las zonas meridionales. De tal modificación climática, que habría afectado a amplias regiones del hemisferio norte, existen algunas pruebas, pero en cualquier caso no debe exagerarse este extremo, pues dicho cambio —según los especialistas en la materia— tan sólo habría provocado un ligero descenso en las temperaturas medias anuales. Ello no justifica, por tanto, el que se produjera un cambio sustancial en la indumentaria durante el siglo XII.

Así pues, parece deducirse de lo dicho que la difusión de la fíbula como un elemento nuevo, adaptado para la vestimenta cotidiana masculina y femenina, no fue debida a la conquista de pueblos extranjeros o migraciones. La popularidad simultánea de este artículo en varias zonas de Europa estaría basada en la propia esencia del objeto. Al tratarse de algo humilde, corriente, debió ser accesible a la mayoría de la población.



Gran ánfora funeraria de estilo geométrico
(Mediados del siglo VIII)
Museo Nacional de Atenas

Podríamos aludir, por último y dentro de este apartado dedicado a enumerar objetos materiales significativos, a un cierto tipo de cerámica no micénica y diferente por tanto de los tipos micénicos ya descritos. Se trata, en efecto, de una cerámica hecha localmente en época de las grandes destrucciones: Rutter le supone un origen nordoccidental, lo cual inclinaría a admitir que hubiera sido manufacturada por grupos de intrusos no micénicos, pero asentados en los centros político-culturales de esa cultura. No obstante, dado lo escaso de su presencia, no concuerda de ningún modo con la hipótesis de inmigraciones en gran escala que, desde el noroeste de Grecia, hubieran invadido las zonas meridionales. La conclusión que se impone en este apartado es, pues, la siguiente: excepto estos tipos cerámicos a los que acabamos de aludir, por lo demás parcamente representados, las innovaciones submicénicas de la Edad Oscura no son tales en el sentido más estricto: de hecho, como hemos intentado demostrar, existían ya en la época micénica clásica, la del HR III b, por más que su desarrollo y mayor difusión se produjeran a partir del HR III c (1200) y durante el período submicénico (1125-1050, aproximadamente, aunque variando según las zonas).

Tipos de enterramientos e introducción del hierro

Uno de los argumentos más contundentes utilizados para explicar la aparición de nuevos elementos de población en Grecia en el período III c/Submicénico es el cambio en los hábitos de enterramiento, es decir, la adopción de la incineración en vez de la inhumación y consiguientemente, la aparición de las cistas y otras formas de enterramiento individual como sustitutivos de los *tholoi* o tumbas de cámara.

Conviene observar, sin embargo, antes de cualquier comentario ulterior sobre esta cuestión, que no puede afirmarse, dado el estadio de la investigación arqueológica actualmente, la proximidad o relación cronológica entre las destrucciones acaecidas hacia mediados del siglo XII (cf. apartado siguiente) con la adopción del nuevo rito de enterramiento. Por el contrario, la primera aparición masiva de cistas se registra en los cementerios de Salamina y el Cerámico ateniense, lugares en los que no se registró precisamente ninguna destrucción, donde además estaban acompañadas por cerámica submicénica desarrollada claramente a partir del estilo «Granary». La Argólida, en concreto, resultó menos afectada que el Atica por la utilización de las cistas y, desde luego, más tardíamente, pues en Argos y Tirinto preceden inmediatamente el advenimiento del Protogeométrico. Pero, a la vez, en la misma Micenas se han encontrado dos enterramientos —uno de fosa y otro en un *pithos*—, datados antes de la destrucción del «Granary», esto es, al comienzo del III c.

No puede, por tanto, hablarse de una llegada masiva de gentes portadoras de cistas a la par que se producía la destrucción final y definitiva de la cultura micénica y cuyo lugar ocuparon. Todo lo más que puede decirse es que el último episodio destructivo creó un vacío en el que se introdujeron los que usaban las cistas, los cuales, a su vez, estaban presumiblemente desconectados totalmente con las destrucciones.

En cuanto a la procedencia de las cistas, la hipótesis de Desborough, que hacía de ellas una característica extraña al ámbito griego e insertada en él en la fase más tardía de la Edad del Bronce, ha de rechazarse (*The Greek Dark Ages,* págs. 266 y ss.). Más probablemente y de acuerdo con una opinión hoy muy extendida, las cistas representan la resurrección de una antigua costumbre nunca olvidada del

todo e incluso vigente entre las capas humildes de población durante la Edad del Bronce. Tal constatación no deja de plantear, sin embargo, algunas interrogantes sobre los protagonistas del cambio en el modo de enterramiento.

Podía tratarse, en efecto, de los antiguos habitantes de las áreas afectadas, los cuales, por las transformaciones sociales del momento, pasaron a poseer un papel social más relevante que conllevaría una revitalización de los hábitos propios.

Asimismo, cabría pensar en la posibilidad de que se tratara de emigrantes o refugiados de otras partes de Grecia más o menos próximas, o bien invasores, es decir, dorios. Esta última posibilidad conlleva la necesidad de rechazar totalmente toda la tradición. Como hemos visto, las cistas emergen primeramente en Salamina y Atenas, regiones donde, según afirmación unánime de la tradición, los dorios no penetraron nunca. Igualmente, islas puramente dorias, como Creta y Tera, rechazaron de plano el empleo de cistas. Mesenia, que según la tradición fue conquistada en los primeros momentos de la conquista doria, adoptó las cistas tardíamente, esto es, en el período protogeométrico. Resulta, pues, que la asociación de las



Plato geométrico de Atenas
(750 a.C.)

cistas a los dorios es tan laxa que impide cualquier identificación de la nueva práctica de enterramiento con el advenimiento de tales invasores.

Además, los cementerios de cistas presentan una característica esencial: su tendencia a distanciarse, a romper con los lugares de enterramiento ya establecidos. Así, tras el fin de la ocupación micénica, las cistas se encuentran en necrópolis nuevas en la proximidad de los lugares en cuestión. La relación de todos estos emplazamientos sería demasiado larga. Baste con citar Argos, Asine, Atenas (el Cerámico, Nea Jonia y quizá el área al sur de la Acrópolis) y Eleusis: Lefkandi en Eubea, Nicoria en Mesenia, Chalandritsa en Acaya; Yáliso y Camiro en Rodas. A ellos se añaden los lugares donde las cistas aparecen en los niveles anteriores de ocupación micénicos: Micenas, Tirinto, Atenas (Acrópolis), Tebas, Paleoocastro y quizá Yolco en Tesalia y el emplazamiento del Serrallo en Cos. Todos estos testimonios apuntan a que hubo disturbios o movimientos de población en el momento de producirse el cambio en el hábito de enterramiento, pues es difícil de creer que, en cada uno de los casos, los anteriores habitantes hubieran decidido simultáneamente cambiar su tipo de tumba e inaugurar una necrópolis nueva.

En muchos de los lugares citados la aparición de las nuevas tumbas se produce tras un lapso de tiempo de duración variable: representan el final de una época y el inicio de otra nueva, donde emerge un horizonte de cambio simultáneo en Grecia. Tal cambio no implica, como se ha señalado más arriba, que el pueblo responsable de la apertura y uso de los nuevos cementerios fuera intruso en el mundo griego. Confirma simplemente la existencia de unos movimientos, y las tumbas representarían así tanto a los refugiados como a los instigadores de tales movimientos. Que hubo ulteriores trastornos en esta época está demostrado no sólo por el éxodo a Chipre y Creta, sino por el hecho de que asentamientos micénicos diseminados por doquier fueran decisiva y semipermanentemente abandonados durante el período III c: así Coracu y Gonia, probablemente, en la región de Corinto; Delfos, donde se dio un movimiento sísmico; Filacopos en Melos y otros lugares donde los enterramientos cesaron en esta época. El mundo egeo tuvo que haber padecido una nueva oleada de convulsiones, con estallidos de violencia aislados, pero con una amplia y difundida tendencia a abandonar lugares hacia un destino sólo alcanzado por sus descendientes varias generaciones después, a juzgar por la evidencia disponible. Los refugiados de los primeros desastres tomaron consigo la tumba de cámara, al menos en algunos casos, para utilizarla en sus nuevos hogares (en Acaya, Chipre, Perati y quizá el Dodecaneso), del mismo modo, los nuevos afectados por los movimientos migratorios hicieron lo mismo con las cistas dentro de Grecia.

En lo relativo a la introducción del hierro se registran entre los investigadores dos teorías fundamentales: la de quienes propugnan el Mediterráneo oriental —Troya, por ejemplo— (así Hooker, entre otros) como origen de procedencia inmediata del hierro antes de ser introducido en Grecia, y la de aquellos que ven en el empleo de este metal un desarrollo autónomo producido en suelo griego, del mismo modo que sucedió en otros lugares del mundo antiguo tales como Egipto, Asia Menor o Mesopotamia. (Snodgrass, por ejemplo.)

Indudablemente, la utilización del hierro presentaba evidentes ventajas sobre el bronce, no siendo la menor de ellas su mayor abundancia y más generosa dispersión sobre la tierra de los recursos de este mineral, que, a diferencia del segundo, no requería dos componentes —cobre y estaño—, sino sólo uno. Ello conlleva-



ba una mayor autonomía y menor dependencia de recursos foráneos exteriores, fenómeno observado igualmente en otras partes del mundo antiguo. Aunque Grecia en concreto no estaba especialmente dotada por la naturaleza del mineral de hierro, existía éste de todos modos en las islas del Egeo, la zona meridional del Peloponeso, en Grecia central y en Macedonia, de suerte que la drástica reducción de las relaciones comerciales acaecida a finales del segundo milenio empujó a los habitantes de Grecia a

Pithos protogeométrico
(1050-900 a.C.)

un empleo cada vez mayor del hierro.

En todo caso, y después de lo dicho, podemos afirmar, en resumen, que las tres características apuntadas —auge de la incineración, aparición de las cistas e introducción del hierro— no aparecen simultáneamente en todas partes, siendo, pues, imposible mantener que estos tres rasgos culturales estén conectados unos con otros. Más aún, las nuevas tendencias coexisten frecuentemente en los lugares donde se hacen presentes primeramente con los usos antiguos. Así, el uso continuado de tumbas de cámara en la Argólida, la construcción de éstas *ex novo* en Perati (cementerio del Atica oriental datado del HR III c) y la persistencia de la inhumación en estas tres áreas después de que la cremación estuviera de moda en el Cerámico (en el Atica occidental) muestra que no se trata realmente de un cambio fundamental en las costumbres de enterramiento que afecten a toda Grecia.

Cambios en los tipos de construcción

Sólo podemos señalar que dichas mutaciones son observables tan sólo donde hay posibilidad de contraste, es decir, en aquellas regiones en las que surge la cultura submicénica (Atica occidental, Argólida, Corinto, Elide, Beocia). Igualmente, en la Grecia insular se deja sentir un paulatino languidecer del standard micénico, si bien los tipos innovadores tardan más en generalizarse. De todas formas son pocos los lugares del continente en los que existe clara evidencia de cambio en el modo de vida de sus habitantes. De todo el material reunido por Desborough podemos destacar el hecho de que, tanto en Atenas como en Argos, el área de habitación del II c difiere de la ocupada en el III b, mientras en otros lugares, como ya se ha dicho a propósito de las cistas, en Asine, Micenas, Tirinto, etc., el nuevo tipo de enterramiento aparecido en el III c se llevó a cabo sobre los anteriores asentamientos micénicos.

1.3. El comienzo de la Edad Oscura y la supuesta llegada de los dorios

Hemos hecho alusión repetidamente en lo expuesto hasta ahora a las destrucciones sucedidas en el mundo micénico hacia el año 1200 a. C., finales del período III b, que afectaron a algunos emplazamientos micénicos y conllevaron en otros casos el abandono de otros muchos.

Para explicar tales desastres y sus consecuencias, intentando acoplarlos a la sucesión de hechos rememorada por la tradición literaria e historiográfica, se han emitido una serie de hipótesis diferentes, brevemente glosadas por Snodgrass (*op. cit.*, pág. 304). Son, en resumen, las siguientes:

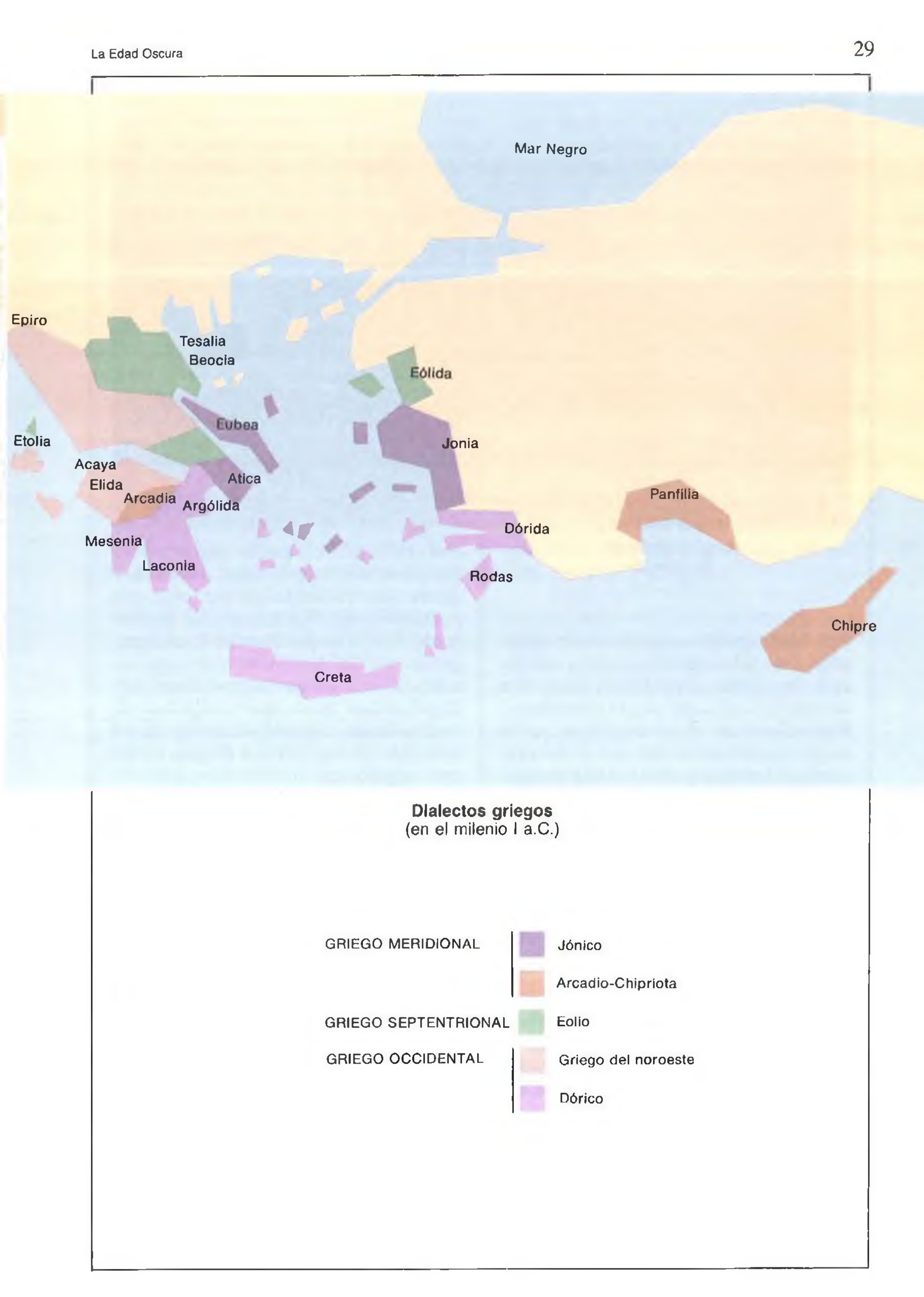
1.º Una invasión armada cuyo origen estaría fuera del mundo micénico, seguida por el asentamiento de los invasores. De haberse producido, cabría esperar que hubiera dejado huellas en forma de características culturales específicas y diferentes a las propias de la civilización micénica.

2.º Una expedición armada, cuyos componentes no permanecerían en los lugares saqueados y destruidos, sino que, efectuada la acción, se retirarían.

3.º La insurrección de gentes sometidas a los señores micénicos.

4.º La existencia de algún fenómeno natural capaz de producir esa serie de desastres, cronológicamente coincidentes.

La primera de las explicaciones señaladas es la sustentada por aque-



Dialectos griegos
(en el milenio I a.C.)



Vaso geométrico de Atenas
(750 a.C.)

llos investigadores que hacen responsables de tales destrucciones a los dorios. En torno al problema dorio son necesarias ciertas puntualizaciones. Cabe observar en primer lugar que la migración doria, en la que se ha pretendido ver la segunda oleada indoeuropea en Grecia, es una construcción teórica de los historiadores alemanes de la escuela de K. O. Müller, basada en la leyenda griega del retorno de los Heráclidas. Por lo demás, esta migración doria ya había sido cuestionada por historiadores de la talla de J. Beloch («Die dorische Wanderung», RhM 1890) y sólo se empezó a admitir como dogma de fe a partir de comienzos del presente siglo, insertada en el contexto general de la teoría de las tres migraciones (jonia ca. 2000; aqueo-eolia ca. 1600; doria ca. 1200), invento de los dialectólogos de la escuela de Kretschmer.

Por lo demás, los estudios lingüísticos posteriores al desciframiento del micénico han ido menguando progresivamente la base de las tres migraciones: W. Porzig y C. Risch demostraron (1954 y 1955) que la migración jonia no existió, ya que las particularidades dialectales del grupo jonio son postmicénicas. Lo mismo ha demostrado J. L. García Ramón con el grupo eolio («Sobre los orígenes postmicénicos del grupo eolio». Madrid). Resulta, por tanto, que si algo hay de verdad en la migración doria ha de ser admitido al margen del dogma de las tres migraciones.

El conectar las grandes destrucciones con la llegada de los dorios implica hacer venir a éstos de lugares fuera del mundo griego. Otros, sin embargo, han identificado estos acontecimientos con una invasión temprana de grupos tribales griegos no dorios (F. Hampl, *Mus. Helveticum* 17, 1960, pág. 85: serían los portadores de los dialectos arcado-chipriota, jónico y eolio del Norte) a la que sucedería una inmigración doria acaecida entre 50 y 200 años después (A. Heubeck, *Glotta* 39 1960-1, pág. 171; serían los «Aqueos»), llegando algunos a situar en este momento la primera entrada de los griegos (M. S. Hood, *The Home of the Heroes,* 1967, págs. 126-30).

No obstante, después de todo lo comentado en el apartado anterior sobre las pretendidas innovaciones cul-

turales hemos visto cómo ni uno sólo de los rasgos arqueológicos estudiados requiere la llegada de los dorios para ser explicado, bien por existir antes del 1200 a. C. o por ser desarrollos autónomos producidos en la propia Grecia.

Por otro lado, y junto a esta panorámica de destrucción extendida en Grecia, existe el fenómeno indudable de una emigración masiva de micénicos a regiones donde anteriormente sólo estaban presentes en una muy escasa proporción. Así lo manifiesta la aparición repentina de nuevos lugares de enterramiento a comienzos del período III b en Acaya, sobre todo en las regiones occidentales, y en Cefalenia; también se inaugura una amplia necrópolis en el Atica oriental, la de Perati. Se registran asimismo asentamientos en Lefkandi (Eubea) y Emborio en Quíos, además de huellas de una nueva oleada de colonos micénicos en Chipre y en Tarso (Cilicia), si bien de menor entidad. También en Creta se testimonian destrucciones ocasionales y abandonos, sobre todo de enclaves situados en zonas bajas, es así como es posible que Karphi y otros asentamientos-refugio fueran ocupados entonces.

Igualmente digno de mención es el hecho de la construcción de un muro de protección en el Istmo de Corinto, en sentido probablemente transversal en algún momento a finales del III b. Su motivación debió ser la de trazar una barrera con vistas a una invasión terrestre procedente de más al Norte, aunque la amenaza podía provenir tanto de dentro del mundo micénico como de fuera de él.

Así pues, en esta época hubo multitud de destrucciones seguidas por un período prolongado de abandono, pero, a la par, se produjeron reocupaciones y cuando ello sucede, las características apuntan a la supervivencia de lo micénico. Tales reocupaciones presentan un horizonte cultural similar a la etapa anterior, pero modificado de acuerdo con las circunstancias, de manera que los testimonios relativos a arquitectura, tipos de tumba, ofrendas funerarias, adornos y sobre todo cerámica destacan por constituir una herencia del pasado, cuyo peso en conjunto supera ampliamente las escasas novedades aparecidas en los objetos de bronce. No hay por ningún lado destrucciones, seguidas por signos de un nuevo elemento cultural. La hipótesis, pues, de una invasión doria como nuevo elemento de población, con su civilización peculiar, venida desde fuera del mundo micénico, ha de rechazarse.

Deben encontrarse así soluciones alternativas al problema. Snodgrass y otros investigadores intentan conciliar los resultados de la investigación arqueológica con los datos historiográficos relativos a las migraciones de dorios, tesalios y beocios.

Según ésta, los beocios procedentes del Norte del Epiro avanzaron hasta el curso alto del Peneo en la vertiente oriental del Pindo. Simultáneamente se movilizaron los tesalios en dirección Este a partir de la Tesprótide —región más occidental del Epiro—. Así, los que habitaban en aquella zona del Pindo se vieron forzados a emigrar hacia la costa desde donde una parte de ellos colonizaría Lesbos. Entre tanto, los beocios, empujados por los tesalios, avanzaron hacia el SE, estableciéndose en la región que se llamaría después Beocia, mientras los tesalios, siguiendo hacia el Este, ocuparían una extensa área de la llanura de Tesalia. Se explicarían así las semejanzas dialectales entre el eolio de Lesbos, el tesalio y el beocio, puesto que en la época micénica tardía los antepasados de las tres estirpes coexistieron en Tesalia. Por lo demás, el itinerario que según las fuentes, seguirían los dorios que causaron estos movimientos es asunto delicado, pues la lingüística contradice la visión tradicional.

De todos modos, el atribuir las destrucciones del 1200 a tales movi-

mientos como el propio Snodgrass (*op. cit.*, pág. 312) pone de manifiesto, sólo es posible ligándolo a otra hipótesis, la de que los dorios y otros inmigrantes desde el punto de vista de su cultura material no fueran distintos de los supervivientes micénicos, lo cual, tanto desde el punto de vista dialectal como histórico, es perfectamente plausible. Ello salvaría la dificultad de buscar otras causas para los desastres del 1200, si bien, como resulta evidente, significa una modificación sustancial de los detalles de la tradición oral.

La teoría señalada ha sido reforzada posteriormente con nuevos argumentos por J. Chadwick («Who were the Dorians?» *Parola del Pasato,* 1976) y Hooker (*Mycenean Greece,* 1976). Según éstos, los dorios no eran sino la población sometida a la clase dirigente micénica. La caída de los palacios micénicos sería simplemente el resultado de una revuelta social. El uso sistemático de cistas y la progresiva difusión de la cremación responderían al resurgimiento de los usos del sustrato premicénico (= dorio), como deseo deliberado de eliminar los vestigios de la cultura característica de los señores micénicos. De todos modos, tal hipótesis tiene algunos puntos débiles. Ya Desborough señaló las dificultades para reconciliar esta teoría con la deserción de muchos lugares no palaciales y la destrucción de otros pocos durante el mismo período. ¿Cómo relacionar una emigración masiva, tal, por ejemplo, la acaecida hacia Cefalenia, con las revueltas internas ocurridas en varios estados micénicos? Toda revolución debe acarrear beneficios para algunos, y esto, en el mundo egeo de HR III c es apenas detectable.

Por lo que se refiere a otras explicaciones propuestas, glosadas brevemente *supra,* la que culpaba de las destrucciones a expediciones que, tras llevar a cabo los saqueos de rigor, se retiraban a continuación, no es nueva. Esta sería la invasión de los «Pueblos del Mar» recordados en documentos egipcios. Contra ella se han esgrimido algunos argumentos realmente consistentes. Las áreas de asentamiento-refugio que recibieron un prominente aflujo de micénicos tras las destrucciones se hallan ciertamente en el trayecto de cualquier expedición pirática desde el mar: así, Cefalenia y Acaya occidental en los límites marítimos occidentales de Grecia, mientras que Perati, Lefkandi y Quíos lo están en los orientales. Pero estas regiones, además, tienen otra llamativa característica junto con las Cícladas y el Dodecaneso: que no padecieron la gran oleada de destrucciones. No es lógico que estos piratas hubieran pasado por alto regiones que estaban en su camino ni que los supervivientes de las zonas afectadas por sus razzias se hubieran refugiado justo en puntos más expuestos a los peligros de los que huían. Parece, por tanto, que la amenaza procedía del Norte, hipótesis reforzada por la fortificación del istmo de Corinto ya señalada. Esta idea de un ataque desde Centroeuropa, cuyas gentes volvieron posteriormente a sus lugares originarios, llevando consigo determinados conocimientos en el campo de la metalurgia, defendida por N. K. Sandars (*Antiquity* 38, 1964, págs. 259-60) y Desborough *(Last Mycenans and their Successors,* págs. 221-5). Contra ella poco puede argüirse, salvo que los bronces de origen nórdico en Grecia y el desarrollo de la metalurgia en Centroeuropa pueden explicarse sin recurrir o suponer la existencia de conflictos armados, sino simplemente a través de contactos pacíficos. Por otro lado, si la tradición de una invasión armada protagonizada por grupos de griegos puede ser conciliada, aunque sólo sea en parte, con los testimonios arqueológicos en el Egeo, no se justifica el recurso de suponer razzias bárbaras no testimoniadas.

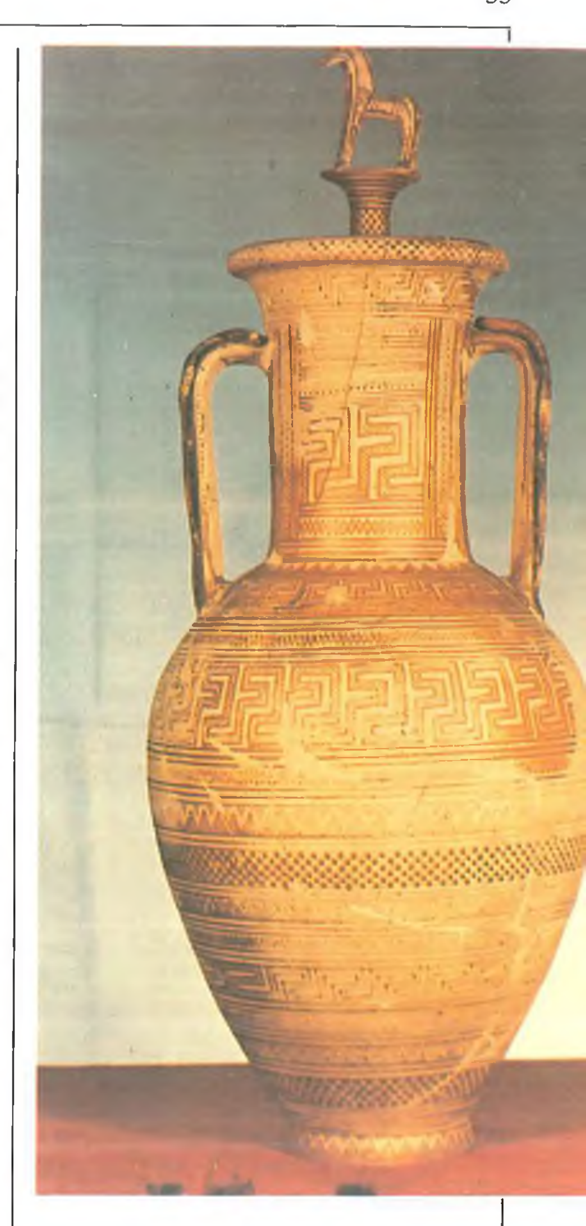
En cuanto a la otra hipótesis, la de una gran catástrofe natural producida en esta época (R. Carpenter, *Discontinuity in Greek Civilisation,* 1966),

no pueden aducirse testimonios seguros sobre ella, como ya hemos apuntado en otro lugar.

Esta serie de destrucciones en cuya aclaración hemos intentado penetrar no fue, sin embargo, la última dentro de los límites cronológicos que pretendemos considerar y más concretamente el superior, es decir, la fecha de comienzo de la Edad Oscura.

A finales del s. XII a. C. hubo otro período de agitación, pero de esos momentos no quedan síntomas de preparativos para contener un posible ataque, ni tampoco parece que se hubiera recurrido a la violencia, al menos a gran escala. De hecho, en Grecia central y meridional sólo se registra la destrucción por fuego de los talleres del estilo «Granary» en Micenas hacia el 1150, que bien pudo haber sido accidental. Más al Norte, se atestigua el incendio del palacio, y sólo de él, al parecer en Yolco (Tesalia), en una fecha no especificada tras el comienzo del III c. Fuera del continente, es de destacar la destrucción por fuego, avanzado ya el III c, del asentamiento de Lefkandi en Eubea y la del enclave de Mileto, contemporánea más o menos con la destrucción del «Granary» en Micenas. La misma suerte corrió el establecimiento quiota de Emborio.

Todo esto da una impresión menos terrible que la de la primera oleada, ya vista, y su comparación más inmediata puede hacerse no con ella sino con la serie de incendios ocurridos en el transcurso del III b, antes de su final, en lugares tan destacados como Micenas, Tirinto y Mileto. Como en cada uno de estos casos se dio un período de reconstrucción y refortificación a fines del III b, nadie culpa de tales hechos a la existencia de conflictos locales. En los casos ahora comentados ocurrió algo parecido, si bien el contexto histórico es diferente: la destrucción acaecida en Micenas no fue definitiva, pues a continuación fue reocupada, aunque con un nivel infe-



Anfora geométrica
(750 a.C.)
Atenas

rior al que existía anteriormente. En Lefkandi, por el contrario, la reocupación se hizo en un lugar distinto, pero con unas características que apuntan hacia una mayor prosperidad, demostrada entre otros signos externos en el alto nivel arquitectónico. Los casos de Yolco y Mileto son distintos, pues dichos emplazamientos fueron abandonados temporalmente, mientras que el nivel de ocupación subsiguiente está caracterizado ya por una cerámica de comienzos del Protogeométrico. En Emborio, el lapso de tiempo hasta producirse una nueva ocupación se prolongó durante cuatro siglos.

También pudo haberse dado en esta etapa un movimiento de gentes micénicas aún supervivientes hacia otras áreas. A ello apunta la cerámica encontrada en los niveles III, II y I del establecimiento chipriota de Enkomi, cuyo parecido con el estilo «Granary» de la Argólida es más que notorio. Del mismo modo, en Creta, la cerámica y otros elementos, aunque menos directos y evidentes, sugieren que pudo haber un nuevo aflujo de gentes griegas procedentes del continente (Desborough, *Last Myceneans...*, págs. 75, 230, etc.).

Después de esta época, cada vez van haciéndose más raros los signos de violencia o inseguridad. Prácticamente el único ejemplo que puede citarse en el siglo XI es la destrucción parcial de casas en el segundo asentamiento del III c en Lefkandi. Por lo demás, desaparecen los objetos metálicos procedentes del exterior, así como aparecen nuevas técnicas decorativas de la metalurgia. No es que acaben las innovaciones culturales: éstas ocurren, pero son de otro tipo. Las cistas continúan su expansión, aunque limitada, con las implicaciones que ello conlleva: antes del advenimiento del Protogeométrico aparecen en la Argólida y Tebas; en Tesalia, Fócide y Epiro nunca cayeron en desuso totalmente, estando bien atestiguadas en esta época. La cremación se generaliza progresivamente en Grecia, e igualmente sucede con el hierro. Son cambios importantes, pero fueron los últimos en muchos años.

¿Qué panorámica emerge después de todo lo expuesto?

En principio, puede afirmarse claramente que la Edad Oscura comienza con el declive de una gran civilización, el cual —pese a que la violencia, según hemos constatado, desempeñó un gran papel en ello— fue en todo caso gradual y prolongado. Dicho proceso se evidencia mediante algunos rasgos: la alta calidad de parte de la cerámica del siglo XII; el conservadurismo en los tipos de tumba y en los hábitos de enterramiento, y la supervivencia indudable de las conexiones ultramarinas micénicas en este mismo período.

Aparte de lo dicho, pueden reconstruirse otras circunstancias a partir de los restos arquitectónicos y de las condiciones de vida de la época imperantes en los enclaves micénicos.

Entre los casos más claros está el de Lefkandi. Tras las escasas huellas de ocupación de este lugar en el período III b, el asentamiento del III c se hizo en un nuevo emplazamiento, cuyos habitantes, si eran inmigrantes, eran desde luego micénicos. Este enclave fue destruido en algún momento de fines del siglo XII, siendo reconstruido de nuevo posteriormente con un alto grado de planificación y técnica. También en este caso, a juzgar por su cerámica, los habitantes eran gentes micénicas cuya vida se prolongó durante un considerable lapso de tiempo, siendo el indicio más significativo de que las circunstancias estaban cambiando, el que un cierto número de enterramientos se hicieran sobre el área misma de habitación. Lefkandi ilustra, así, claramente cómo sobrevivieron las comunidades micénicas trasladándose a menudo a lugares nuevos, acomodándose inevitablemente a las nuevas circunstancias du-



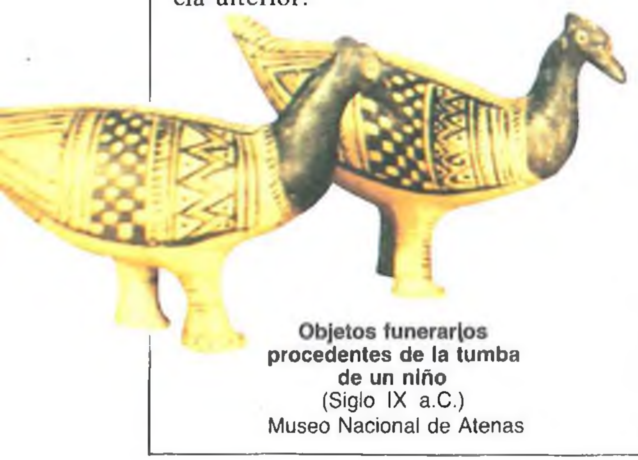
Crátera geométrica con procesión funeraria
(Posterior al 750 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

rante más de un siglo, después de que la gran oleada de desastres asestara un golpe mortal a su civilización.

Testimonios similares pueden recabarse de otros lugares: en la ocupación durante el III c de la ciudadela de Micenas; en el asentamiento del mismo período de Tirinto; en el continuismo, aparente al menos, de Argos, y en el enclave de Asine, perteneciente a la última parte de este período. También en Atenas se hicieron algunos cambios al comienzo del III c, permitiendo a la población utilizar la fuente subterránea de la cara norte de la Acrópolis; la supervivencia del asentamiento del III c situada en torno al destruido palacio del Yolco, del de Grotta en Naxos y del núcleo fortificado en Mileto. En todo caso, es inequívoca la atmósfera de inseguri-

dad que rodea casi todos estos lugares: se abandonan las casas construidas fuera de las murallas de Micenas y Atenas; se toman medidas tendentes a asegurar el abastecimiento de agua tanto en Atenas como en Tirinto; en la parcial o eventual destrucción de Yolco, Mileto y Lefkandi. Es decir, que los micénicos lograron con éxito soportar durante un tiempo las condiciones de inseguridad en las que les tocó vivir, y mientras se recuperaron de los desastres siguieron manteniendo su arte y cuantos rasgos distinguieron su cultura.

Pero llegó un momento en que ello no fue ya posible, testimonio de lo cual no es sólo la aparición de nuevos fenómenos —uso de cistas y otras formas de enterramiento individual, la cerámica submicénica de Atica occidental, etc., sino sobre todo la desaparición de las prácticas anteriores. Entre los asentamientos mencionados *supra,* correspondientes al período III c, la tendencia que se observa es la del decaimiento, ruina, hasta su final abandono o al menos traslado a otro emplazamiento. En la mayoría de los casos, el declive ocupa la última parte del siglo XII, mientras que el abandono se extiende al siglo XI y la reocupación —si es que tiene lugar— se hace en el siglo XI o en el X: casos de Lefkandi y Asine. Dentro de este proceso raramente hay signos de violencia ulterior.



Objetos funerarios procedentes de la tumba de un niño
(Siglo IX a.C.)
Museo Nacional de Atenas

2. Fuentes historiográficas

Al comienzo de este tema hemos hecho algún comentario sobre este tipo de fuentes. El testimonio de los historiadores presenta determinadas dificultades de base, que en el caso que nos ocupa se limitan *grosso modo* a tres: 1) el considerable lapso de tiempo que separa los siglos homéricos de Tucídides o Heródoto y no digamos ya de Estrabón (siglo I a. C.-siglo I d. C.) o Pausanias (siglo II d. C.); 2) la primacía casi absoluta de Homero y Hesíodo, por este orden. De hecho, es muy raro que un dato homérico sea refutado, ni tan siquiera cuestionado, por autores posteriores; 3) la falta de interés de los historiadores hacia los problemas de cronología absoluta y cuestiones económicas sociales y políticas. En este sentido, los poemas homéricos proporcionan muchos más datos, por complejos y contradictorios que sean, que cualquier historiador.

Empezando por la obra de Heródoto, el primero de los grandes historiadores griegos, carente, como hemos dicho, de todo propósito de interpretación histórica del pasado remoto, debemos afirmar que contiene observaciones aisladas sobre la época que nos ocupa de gran interés. Una de éstas, hecha ya en los primeros capítulos (I, 5, 4) es de que «las ciudades que en tiempos antiguos eran grandes han pasado a ser pequeñas; y aquellas que en mi tiempo eran grandes, fueron anteriormente pequeñas». Tal conclusión, habitual, o mejor, evidente, para cualquier griego familiarizado con las leyendas y con los poetas épicos, daba pie a inferir un alto grado de confusión y trastorno en el estado de cosas propio de la edad heroica. También interesante es un comentario sobre los momentos cronológicos en que vivieron Homero y Hesíodo: según el historiador de Halicarnaso serían anteriores a él en no más de cuatrocientos años (II, 53, 2). La rotundidad de su afirmación sugiere su de-

sacuerdo personal con todos aquellos que propugnaban una fecha más alta. Implica, además, que Heródoto disociaba totalmente los poemas homéricos, mediante un largo período de tiempo, de todos aquellos acontecimientos que constituían el tema de dichos poemas.

Sobre Tucídides y su visión de la Edad Oscura hemos hablado ya (*supra*, págs. 9 y ss.). Discutir el tratamiento o, más bien, los datos aislados de otros historiadores de menor talla, seguidores además en gran medida de las opiniones de estas grandes figuras, rebasa ampliamente el objetivo de este tema.

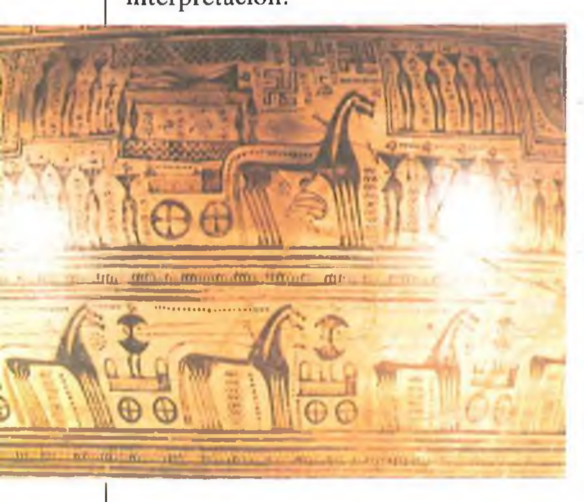
Por lo demás, ya hemos repetido en varias ocasiones las grandes dificultades existentes para acoplar los datos historiográficos a los testimonios aportados por el material arqueológico estudiado. Pero para poner de relieve las posibilidades de interpretación de esta clase de textos pondremos un ejemplo entre muchos posibles. Heródoto (I, 45 y VII, 94) informa que las doce ciudades de Jonia (Dodecápolis) remontaban en última instancia a los doce distritos de Acaya (norte del Peloponeso) «que aún conservan los actuales *Achaioi*» (equivalentes en este pasaje a acaicos, no aqueos). Esta misma noticia, recogida por Estrabón y Pausanias, nos informa indirectamente de que la llegada de nuevos pobladores a Acaya (dorios) que expulsaron a los futuros jonios hacia Jonia, respetaron en lo esencial la distribución geográfica y, suponemos, la estructura económica y social de Acaya. Es decir, el historiador griego ofrece un dato desnudo. El arqueólogo puede sugerir una fecha para el acontecimiento en cuestión (ca. 1050) mientras que compete al historiador moderno extraer la conclusión, una vez contemplados los datos, de que, con gran verosimilitud, la llegada de los

Objeto cerámico procedente de la tumba de un niño
(Siglo IX a.C.)
Museo Nacional de Atenas



dorios es una cuestión que no afectó a la estructura socioeconómica de tal o cual región.

La conclusión, arriba expresada y que ahora confirmamos, es que para el estudio de esta época las fuentes historiográficas nos son realmente de escasa utilidad, habida cuenta de lo difuso de las ideas, cuando no auténtico confusionismo que los propios historiadores griegos tenían sobre los acontecimientos desarrollados a lo largo de este período, tan distante de los momentos cronológicos en los que transcurrieron sus vidas, y cuya información se había transmitido entretejida en leyendas de equívoca interpretación.



Crátera geométrica, procesión de carros
(Detalle)

3. Fuentes literarias: los poemas homéricos

3.1. El hecho histórico

Troya VII a, ciudad de gran prosperidad a fines del siglo XII, que parece haber tenido estrechos vínculos comerciales con la Grecia micénica, formaba parte de una coalición de pueblos y ciudades anatólicos contra el emperador hitita Tuthaliyas IV (ca. 1250-1220). Una vez desplazado el poderío hitita, los antiguos aliados pretendieron alzarse con la hegemonía. En una de estas fricciones, la ciudad, que en los archivos hititas era mencionada como Truisa (Troya), o bien como Wilusiya *(Ilios),* fue sitiada por los Ahhiyawa *(Achaioi),* reino micénico.

Es difícil precisar si estos Ahhiyawa eran los micénicos de Rodas (tal es la opinión de Desborough), o si toda la Grecia micénica cabe bajo esta denominación. Para un estudio detallado de esta cuestión remitiremos al lector al trabajo de Janos Harmatta («Zur Ahhiyawa-Frage», *Studia Mycenaea,* Brno, 1968).

3.2. La cuestión homérica

La investigación en torno a la existencia o no de un poeta llamado Homero y de su supuesta autoría de las obras que se le atribuyen, la *Ilíada* y la *Odisea,* ha dado lugar a ríos de tinta. Ya desde la Antigüedad se parte de una cuestión esencial: que ciertas partes pequeñas o grandes de ambas obras o incluso su totalidad, han parecido indignas de la perfección que una larga tradición le atribuía. Al intentar explicar contradicciones, inconsecuencias, repeticiones, etc., se sentaron desde entonces las bases de la cuestión homérica.

Sobre el problema de la composición de los poemas existen fundamentalmente dos tendencias enfrentadas: la analítica y la unitarista.

Escuela analítica

La crítica analítica, que disgrega los poemas en otros menos extensos de fecha anterior, y tiende a eliminar la noción de que se trata de obras unitarias con un único autor, domina la escena del siglo XIX. Sus argumentos son básicamente los siguientes:

1.º Las contradicciones que se encuentran dentro de los poemas. Estas son de variado tipo:

a) De lengua. Se encuentran formas eólicas y jónicas, así como otras coincidentes con las del arcadio o el micénico. Otras veces se trata de arcaísmos, que lo mismo pueden atribuirse a un dialecto o a otro en su fase antigua; simultáneamente coexisten con las anteriores formas claramente recientes, por lo general jónicas, y en algún caso áticas.

b) De estilo. A algunos autores ha parecido el estilo homérico demasiado variado, tenso y concentrado a veces, difuso y lento otras, como para ser obra del mismo poeta.

c) Arqueológicas y culturales. Así, las armas que aparecen en el texto suelen ser de bronce, pero las hay también de hierro, los carros de los guerreros son arrastrados por dos caballos, pero alguna vez se habla de una cuadriga, el rito funerario habitual es la inhumación, pero uno de los



Estatuilla de bronce de un caballo
(Siglo VIII a.C.)
Museo Nacional de Atenas

personajes más famosos de la *Ilíada*, Patroclo es incinerado tras ser colocado en una pira; los escudos mencionados corresponden más veces al tipo micénico, el más grande, que llega hasta los pies, pero otras es más pequeño, que cubre la mano sujeta al antebrazo, como el de los hoplitas posteriores.

d) Internas. El poeta hace en pasajes diversos afirmaciones contradictorias, lo que se interpreta como indicio de la unión de poemas diferentes o, al menos, de interpolación.

2.° Repeticiones: Ciertamente, Homero representa un auténtico hervidero de éstas: es rara la parte (nombre-epíteto, sujeto-verbo, etc.), que no aparece abundantemente repetida en los poemas: son las fórmulas épicas.

No obstante, los analíticos dirigieron su atención sobre todo a los versos y a los pasajes repetidos, no a las fórmulas: existen escenas-cliché (preparación de un sacrificio, el vestirse un guerrero la armadura, etc.), que se repiten varias veces con palabras iguales o casi iguales. De éstas, los analíticos se esforzaron en buscar la que podía ser originaria, y lo que sería reinserción posterior en los otros lugares por interpoladores.

3.° Defectos de composición. Dentro de la variedad enorme de este apartado, uno de los aspectos más llamativos son las disgresiones que abocan a veces a situaciones no bien comprensibles en el momento en que se colocan. Parece como si el poeta se olvidara de su plan o del punto exacto en que encuentra la acción que va narrando.

Cada uno de los aspectos reseñados puede ser a su vez objeto de crítica.

En relación con el 1.°, la lengua homérica es considerada hoy como una lengua artificial, resultado de una larga tradición y condicionada por la métrica; de todo ello resulta una gran abundancia de formas dobles entre las cuales el poeta puede elegir. Sobre las peculiaridades de su lengua diremos algo después. Se ha procurado, además de la separación de formas dialectales, la de formas antiguas y recientes donde existe realmente una mezcla inexplicable entre ambas.

En cuanto a las contradicciones de estilo, debemos conceder que se trata de un argumento muy subjetivo en cuanto que es difícil decidir en cada caso si tal diferencia de estilo se debe a diversidad de autor o a exigencias del tema. En cualquier caso, es imposible juzgar el estilo homérico sin un conocimiento previo de cuál es el estilo tradicional de la poesía épica. Así, la narración lenta y morosa, las digresiones, listas, catálogos y comparaciones son elementos característicos, y cada uno de ellos tiene rasgos estilísticos propios. A partir de esta base tradicional se destacan aquellos que podemos considerar con más verosimilidad, como testimonio de un poeta personal. Homero, pues, tanto en la lengua como en lo demás, nos presenta un panorama múltiple en que no todo ha de atribuirse a la personalidad o a las circunstancias contemporáneas del poeta, sino también a la antigua y variopinta tradición en que está inserto, y de la cual representa al mismo tiempo una culminación y una superación. De ahí la sensación de heterogeneidad surgida de la lectura de los poemas, que se combina con una no menos fuerte de continuidad y unidad.

Por lo que se refiere a las contradicciones arqueológicas y culturales, basta con constatar una vez más la mezcla inextricable en que aparecen mencionados elementos de época micénica con otros pertenecientes a los períodos culturales subsiguientes. Lo mismo cabe señalar respecto a otros aspectos no puramente materiales sino religiosos —diferentes creencias, ritos de enterramiento distintos—, o los que atañen a la organización sociopolítica que veremos con detalle *infra*.

Debemos señalar en todo caso que los poemas como tales son fechados por los elementos más recientes, mientras que los antiguos son arcaísmos, conscientes o inconscientes, heredados con la tradicion épica.

También los llamados defectos de composición deben ser juzgados desde el punto de vista del estilo y composición tradicionales heredados por Homero, y del enfrentamiento de su voluntad artística con todo ese material.

Con todo, y pese a los defectos achacables a los partidarios del sistema analítico en el estudio de los poemas homéricos, tales críticos han puesto de relieve multitud de hechos que requieren explicación, favoreciendo con ello la comprensión de Homero. Además, al haber sido permeables algunos de éstos a los nuevos puntos de vista, a la par que los unitaristas se han visto forzados a tener en cuenta los datos suministrados por los analistas, ha sido posible establecer un diálogo entre ambas escuelas, por más que se registren retrocesos ocasionales.

Escuela unitaria

La reacción contra los analistas —aunque también en el siglo XIX hubo críticos unitaristas— se produjo abiertamente en 1910 con las obras de Roth y Mülder (*Die Ilias als Dichtung* y *Die Ilias und ihre Quellen,* respectivamente). Fue, sin embargo, F. Schadewalt (*Iliasstudien,* Leipzig, 1938) quien, con su tesis unitaria, logró dar un mayor impacto, abriendo unas nuevas perspectivas.

El punto de partida del movimiento es puramente literario, lo que contrasta con el logicismo de la otra corriente. Su objetivo consiste en tratar de mostrar la unidad de composición de los poemas, por más que no lo sea en sentido absoluto, sino sujeta a leyes propias del género. De sus argumentos contra las tesis de los analistas algo hemos dicho ya al presentar sumariamente las objeciones a aquéllos. Schadewalt se esforzó en presentar una demostración directa de la motivación y preparación del autor de la *Ilíada* que constituye la demostración plausible de la unidad, no de una mera refutación de las aporías analíticas. En diversos estudios posteriores situó a Homero en el siglo VIII, poniendo su arte en paralelo con el geométrico (obedecería a las leyes del paralelismo, el contraste y la gradación), y aceptó definitivamente la existencia de un fondo épico tradicional, representando Homero la culminación del desarrollo épico de Grecia. A partir de aquí se plantea ya con claridad el gran problema de la investigación homérica: aislar ese fondo tradicional de lo puramente homérico. Es una tarea difícil pero no imposible, continuación de la investigación de «estratos», pero con un espíritu totalmente diferente.

Observaciones sobre la época homérica

El estudio de la lengua de los poemas dio lugar a avances importantes en su conocimiento. Así, Witte (art. Homeros: Sprache) en R. E. Meister (*Die homerische Kunstsprache,* 1921) y otros mostraron que la lengua de los poemas tiene una larga serie de elementos artificiales: formaciones irregulares, alargamientos de origen métrico, ausencia de las palabras que no se adaptan al hexámetro, etc., todo lo cual sólo puede proceder de una larga tradición. Comprobaron, asimismo, la validez del condicionante del metro y la necesidad subsiguiente de respetarlo, de modo que muchos eolismos y arcaísmos en general sólo se han mantenido porque los jonismos correspondientes tienen un valor métrico diferente. Se llegó por este sistema a reconocer la existencia de una técnica épica que sería modernizada por los sucesivos aedos, conservando junto a las innovaciones elementos antiguos, utilizando unas u otras de acuerdo con

los dictados del metro en cada pasaje. El valor de la tradición quedaba así definitivamente atestiguado.

De gran valor son los estudios del Milman Parry sobre la dicción formularia (*L'épithète traditionnel dans Homère.* París, 1928, y *Homer and Homeric Style,* 1930), pues a partir de ellos quedó establecido de manera incontestable que una gran parte de los poemas —las dos terceras partes en concreto—, está constituida por fórmulas aisladas que se combinan entre sí. La fórmula puede definirse como palabra o conjunto de palabras que sirven para designar una idea esencial, y que entran en determinada posición del verso. El tipo más frecuente es el de sustantivo más epíteto (caso del epíteto ornamental que acompaña los nombres de héroes y dioses), aunque no se excluyen otros más complejos. Lo característico del sistema es que tiende a una economía estricta, es decir, a que la misma idea en el mismo caso y en el mismo espacio métrico tenga una sola fórmula, lo cual, digámoslo, no se cumple en todos los casos. Por lo demás, se observa que unas fórmulas están creadas sobre otras, y que la fuerza de la tradición es tal que llegan a usarse en ocasiones en que el epíteto cuadra mal en el pasaje.

La deducción a extraer de constataciones, corroborada, además, mediante su comparación con otras épicas populares, en especial la de los yugoeslavos, es que un sistema de fórmulas tan riguroso y a la vez tan simple, no podía ser la creación personal de un poeta, sino que era el resultado de una larga tradición oral de poesía. Los poetas recitan sus versos improvisándolos, basándose en un material épico existente y valiéndose de un sistema formulario consagrado. Su valía en tales condiciones no radica en su originalidad, sino en su destreza en servirse del material tradicional, es decir, en la elección de una fórmula más entera y mejor acomodada al caso. El poeta, pues, no compone con palabras, sino con fórmulas previamente adaptadas al metro, lo que facilita su retentiva y su labor creadora dentro de una poesía tradicional en la que no existe el concepto de autor y donde antiguos poemas son relatados en formas más o menos divergentes. Homero, así —independientemente de que conociera o no la escritura— parte de la poesía oral, de una épica no destinada a la lectura, sino a ser oída, recitada por aedos.

Ya Parry, como también otros estudiosos antes y después de él, establecieron que la composición oral no es una característica propiamente homérica, sino que se encuentra en otras poesías épicas primitivas. El mismo Parry estudió la cuestión en la poesía popular de Yugoeslavia, donde encontró un mundo de poetas épicos ambulantes comparable con el que se entrevé en la *Ilíada* y la *Odisea,* llegando incluso a transcribir muchos de sus cantos, publicados por su discípulo A. B. Lord (*A Companion to Homer,* Cambridge, 1962). También se han realizado comparaciones con la poesía oral cretense como la de H. Notopoulos («Homer and Cretan Heroic Poetry», AJPh, 1952). Más recientemente, sin embargo, voces autorizadas se han levantado contra el valor que tales comparaciones puedan tener aplicadas a los poemas homéricos (así, Dilmeier, *Das serbokroatische Heldenlied und Homer,* 1971).

En cuanto a la lengua homérica propiamente dicha, vamos tan sólo a enunciar algunos de sus rasgos fundamentales (un magnífico y muy útil resumen de esta cuestión es el de L. Gil., art. «La lengua homérica», en *Introducción a Homero,* Madrid, 1963, obra realizada conjuntamente por F. Rodríguez Adrados, M. Fernández Galiano, J. Lasso de la Vega y el propio L. Gil).

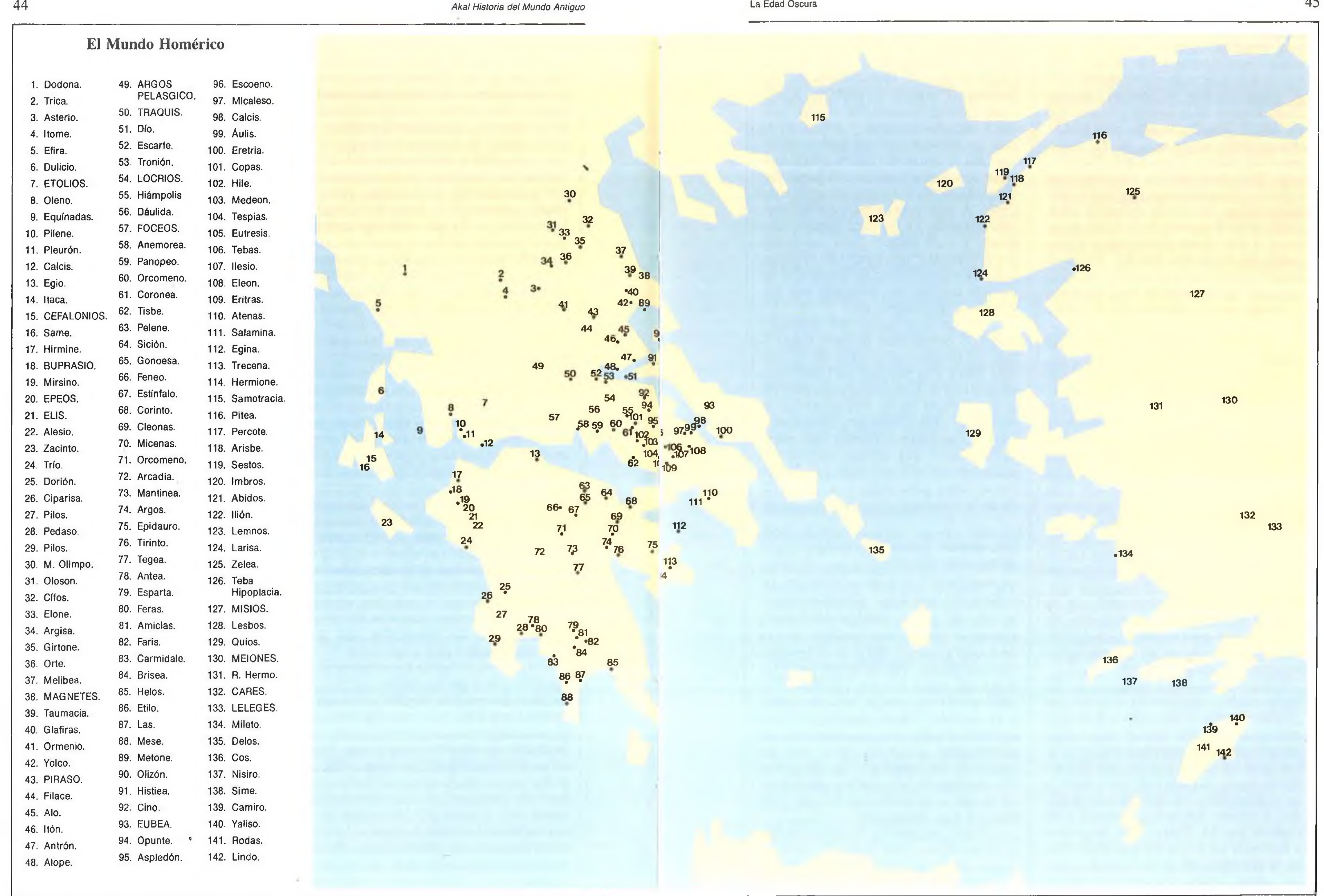
Su rasgo más sobresaliente es el de la complejidad, que se refiere no tanto a la ya aludida coexistencia de formas antiguas y modernas, sino a su

falta de homogeneidad dialectal. Hay, así, tanta abundancia de formas equivalentes en las flexiones nominales, pronominales y verbales como jamás haya podido haber en lengua hablada alguna (p. ej., tres desinencias para el genit. sing. de los temas en -o: -oio, -oo, -ou; para el mismo caso de los temas en *-a: -ao* y *-eo;* para el acus. de los pronombres personales, *ymme, ymeas, ymas,* etc.). Esta mezcolanza lingüística, en la que está representada la totalidad de los dialectos griegos con excepción de los del grupo occidental, se complica con las llamadas formas «poéticas» y las corrupciones del texto inherentes al largo proceso de transmisión textual. La lengua homérica, por lo demás, ofrece una considerable unidad en el reparto de las respectivas formas. Estas son las siguientes: aticismos y, en general, un ligero barniz ático que pugna por su carácter moderno con el arcaísmo de la lengua; jonismos; eolismos; elementos del arcado-chipriota; arcaísmos; «palabras homéricas», cuyo nacimiento se debía a la interpretación equivocada por la posteridad de algún pasaje homérico o a simples interpolaciones; coincidencias con el micénico, etc. El reparto equitativo de todos estos componentes a lo largo de los poemas se manifiesta en que no se encuentran cantos ni versos de carácter predominantemente jónico o eólico ni se acumulan los elementos del arcado-chipriota.

La explicación de los eolismos del *epos* fue una de las primeras tareas acometidas por los lingüistas del siglo pasado, pero no fue encontrada hasta prestar atención a la índole especial de la dicción poética de la epopeya. Fue el ya mencionado Witte quien halló la pista segura al observar el hecho de que los eolismos de la epopeya se mantenían gracias a la influencia conservadora del metro. Así, los aedos jonios, al recibir los cantos épicos de los eolios y adaptar a su dialecto los griegos propios de la epopeya, conserva-



Estatuilla de bronce de un conductor de carros
(2.ª mitad del siglo VIII a.C.)
Museo de Olimpia


El Mundo Homérico
1. Dodona.
2. Trica.
3. Asterio.
4. Itome.
5. Efira.
6. Dulicio.
7. ETOLIOS.
8. Oleno.
9. Equínadas.
10. Pilene.
11. Pleurón.
12. Calcis.
13. Egio.
14. Itaca.
15. CEFALONIOS.
16. Same.
17. Hirmine.
18. BUPRASIO.
19. Mirsino.
20. EPEOS.
21. ELIS.
22. Alesio.
23. Zacinto.
24. Trío.
25. Dorión.
26. Ciparisa.
27. Pilos.
28. Pedaso.
29. Pilos.
30. M. Olimpo.
31. Oloson.
32. Cífos.
33. Elone.
34. Argisa.
35. Girtone.
36. Orte.
37. Melibea.
38. MAGNETES.
39. Taumacia.
40. Glafiras.
41. Ormenio.
42. Yolco.
43. PIRASO.
44. Filace.
45. Alo.
46. Itón.
47. Antrón.
48. Alope.
49. ARGOS PELASGICO.
50. TRAQUIS.
51. Dío.
52. Escarfe.
53. Tronión.
54. LOCRIOS.
55. Hiámpolis
56. Dáulida.
57. FOCEOS.
58. Anemorea.
59. Panopeo.
60. Orcomeno.
61. Coronea.
62. Tisbe.
63. Pelene.
64. Sición.
65. Gonoesa.
66. Feneo.
67. Estínfalo.
68. Corinto.
69. Cleonas.
70. Micenas.
71. Orcomeno.
72. Arcadia.
73. Mantinea.
74. Argos.
75. Epidauro.
76. Tirinto.
77. Tegea.
78. Antea.
79. Esparta.
80. Feras.
81. Amiclas.
82. Faris.
83. Carmidale.
84. Brisea.
85. Helos.
86. Etilo.
87. Las.
88. Mese.
89. Metone.
90. Olizón.
91. Histiea.
92. Cino.
93. EUBEA.
94. Opunte.
95. Aspledón.
96. Escoeno.
97. Micaleso.
98. Calcis.
99. Áulis.
100. Eretria.
101. Copas.
102. Hile.
103. Medeon.
104. Tespias.
105. Eutresis.
106. Tebas.
107. Ilesio.
108. Eleon.
109. Eritras.
110. Atenas.
111. Salamina.
112. Egina.
113. Trecena.
114. Hermione.
115. Samotracia.
116. Pitea.
117. Percote.
118. Arisbe.
119. Sestos.
120. Imbros.
121. Abidos.
122. Ilión.
123. Lemnos.
124. Larisa.
125. Zelea.
126. Teba Hipoplacia.
127. MISIOS.
128. Lesbos.
129. Quíos.
130. MEIONES.
131. R. Hermo.
132. CARES.
133. LELEGES.
134. Mileto.
135. Delos.
136. Cos.
137. Nisiro.
138. Sime.
139. Camiro.
140. Yaliso.
141. Rodas.
142. Lindo.

ron intactos cuantos no tenían un exacto equivalente en su lengua. Tal teoría fue adaptada rápidamente por K. Meister y por A. Meillet (*Aperçu d'une histoire de la langue grecque*. París, 1913), añadiendo éste, recogiendo una anterior sugerencia de U. Wilamowitz (*Die Ilias und Homer*, pág. 357), que habrían sido Esmirna o Quíos, lugares jonios con fuerte sustrato eólico, en donde se habría efectuado el intercambio de la épica de un linaje a otro. Pero el verdadero elaborador de la teoría fue M. Parry al ahondar en la naturaleza de la dicción épica de la transmisión oral, en obras a las que me he referido ya al hablar de las fórmulas (cf. *supra*).

Fue también Parry quien en un estudio definitivo («The homeric Language as the Language of an Oral Poetry», HSCP XLIII, 150, 1932), se ocupó de los casos en que una tradición épica oral pasa de un pueblo a otro de dialecto distinto, aplicando el resultado de su investigación a los poemas homéricos. Cuando un poema es oído por un cantor que habla otro dialecto, tiende a sustituir las formas extrañas por las de su propia lengua, dejando inalteradas aquellas que no tienen exacta correspondencia métrica. Así, los aedos jónicos habrían recibido de los eólicos el inmenso caudal de la epopeya tradicional con su sistema de fórmulas, «jonizando» de éstas las que eran susceptibles de ello y dejando sin alterar las que no tenían equivalencia en su dialecto.

En cuanto a la interpretación de los elementos del arcado-chipriota en Homero, sobre la base de ser éstos genuinos, caben dos soluciones: o bien constituirían un préstamo directo recibido por los aedos jonios, muy improbable desde el punto de vista histórico y geográfico; o bien serían recibidos a través del eolio, opinión esta emitida por M. Parry. Aşí, llega éste a formular su teoría de una triple fase en la constitución de la epopeya griega: aquea, eólica, jónica, a través de la que se fue creando el enorme caudal de la dicción épica utilizada por Homero para la composición de sus poemas. Durante el período aqueo —en Grecia continental— hay una épica arcado-chipriota y eólica en la que probablemente se darían intercambios mutuos, sin que pueda precisarse con mayor exactitud el papel desempeñado por los aedos de una y otra clase. A este primer período sucederían después, ya en Asia Menor, uno eólico y otro jónico. Esta hipótesis, por representar una auténtica respuesta a una multiplicidad de cuestiones de variada índole, fue aceptada por lingüistas, arqueólogos, etc.

El desciframiento del micénico permitió comprobar la gran antigüedad de muchos elementos de la dicción épica a la par que ha hecho surgir una cierta tendencia a prescindir de la fase eólica en la formación de la epopeya. Sin embargo, estudiosos como Chantraine o Palmer han puesto de relieve que los testimonios del micénico no ofrecen base suficientemente firme para negar una fase eólica en la epopeya.

Los poemas homéricos como documento histórico

Ya Nilsson (*Homer and Mycenae*, Londres, 1933) puso de relieve cómo la religión griega arranca del mundo micénico, siendo éste también piedra de toque para los mitos de la leyenda heroica griega. Vio, además, las coincidencias entre las descripciones homéricas de objetos de variada índole y la realidad de su existencia tal y como lo revelaron las excavaciones arqueológicas. Tales constataciones no implican, sin embargo, la disipación de cuantas dudas pueden plantearse en torno a la cuantificación de tales objetos y su valoración.

Pero, realmente, lo que complica el panorama y, por ende, lo característico de los poemas es la amalgama de elementos de distinta procedencia

encuadrables en diversas épocas. Vamos a enumerar sucintamente algunos de ellos (para los detalles remitimos al trabajo de Kirk. *The Homeric Poems as History,* CAH, 1964).

Elementos micénicos (aparte del tema mismo y sus personajes)

La espada claveteada en plata; el yelmo de dientes de jabalí que Meriones cede a Ulises; el escudo «como una torre», de siete pieles de buey, de Ayax; la copa de Néstor; la coraza de los Achaioi *chalkochitones* (de bronce, no de hierro); determinadas alusiones a ciudades tales como la «vinosa Arne», «la floreada Piraso», la «ventosa Enispe», y, en general, el Catálogo de las naves: en estas referencias se ha pretendido ver una auténtica aunque selectiva descripción de la Grecia micénica (cf. Page, *History and Homeric Iliad*), dadas las coincidencias con yacimientos micénicos.

Elementos no micénicos

Uso de dos espadas ligeras; uso del carro para ir al combate, como vehículo, no como algo que realmente sirve en él; diferencias en cuanto a la estructura social y política, como veremos más adelante.

Elementos característicos de la Edad Oscura

Presencia de dorios en Creta (*Od.* XIX): aunque ya estuvieran antes, su mención en los poemas supone su predominio; presencia de Heráclidas (Trepólemo de Rodas en el Catálogo, con la alusión a las tres tribus dorias); alusiones al hierro; tipos específicos de espadas correspondientes a los de la primera fase del Hierro; cremación de cadáveres (además del conocido caso de Patroclo, existen más ejemplos como en *Od.* XI); alusión a fenicios; incorporación de Apolo al panteón griego, aunque sea protroyano.

Pueden hacerse algunas observaciones a propósito de cada grupo de elementos reseñados.

En relación con el primero de ellos cabe puntualizar que a pesar de tratarse de utensilios micénicos, éstos pueden haber sido simplemente recordados en una fase postmicénica. También es posible postular que los conocimientos demostrados por Homero sobre dicha época llegaron a él a través de la propia tradición épica en la que se apoya, cuyos orígenes serían micénicos (cf. F. Rodríguez Adrados, «La cuestión homérica», en *Introducción a Homero,* pág. 68). En cuanto a los topónimos aludidos, las coincidencias observadas por los arqueólogos se basan en Estrabón y Pausanias, pero nada nos asegura que el poeta quisiera designar los mismos lugares que éstos. Los topónimos, por tanto, no podrían considerarse una prueba del conocimiento directo de tales lugares.

Por lo que respecta a los otros dos grupos, lo más evidente que se desprende de su análisis es la flagrante discontinuidad entre la cultura de la Edad del Bronce y la que nos presenta Homero. Se dan poquísimos objetos, ciudades o referencias concretas que puedan vincularse con seguridad a un determinado momento de los que median entre el siglo XII y el VIII. Una cosa es clara: muchos de los datos relativos a aspectos políticos, sociales y económicos pertenecen a lo no-micénico al presentar un marcado contraste con el mundo de las tablillas. Por último, habría que pensar también en otro aspecto no aludido hasta ahora: el factor imaginación, es decir, la posibilidad de que los poetas hayan fantaseado sobre las diversas situaciones.

La autoría de los poemas

Tras el análisis, sumariamente expuesto ya, de los problemas relativos a la composición de los poemas homéricos y los factores a considerar en conexión con ellos y con nuestro tema parece más plausible la conclusión de que son obra de un poeta, el cual les confiere su innegable unidad y su identidad de espíritu. Su nombre, según transmite la misma tradición antigua, sería Homero.

La investigación moderna tiende a situar cronológicamente a este poeta en el siglo VIII. Sobre su patria de origen se tienen dudas a partir de las vacilaciones que sobre la cuestión demuestran los autores antiguos. Se tendía a localizarla en Quíos, isla donde vivieron los Homéridas, familia dedicada a la recitación de poemas y de la que presuntamente descendería Homero. Así lo hacen Simónides y Tucídides, que identificaba el «ciego de Quíos» autor del *Himno de Apolo* con Homero. Los investigadores modernos al no poder tener una absoluta certeza sobre este punto, se limitan a señalar el nacimiento de los poemas en el círculo de la cultura jónica, en Asia Menor o islas adyacentes, entre las que se encuentra Quíos, considerando una prueba importante de ello los elementos dialectales jonios, que son de entre la amalgama existente, los más recientes de Homero. Estos y otros aspectos recientes ya aludidos son los que proporcionan la cronología de los poemas.

Homero debió, pues, componer sus poemas a finales del siglo VIII en algunas de las ciudades jonias que habían emprendido una trayectoria brillante a comienzos de la época arcaica griega. Tenían como transfondo histórico las leyendas y recuerdos de períodos anteriores, transmitidos por vía oral a través de los aedos y rapsodos de la Edad Oscura.

Es casi seguro que Homero escribió, o cuando menos dictó, sus poemas. Reelabora la leyenda anterior con un nuevo espíritu, más humano y más dramático, pero dependiendo aún de las técnicas tradicionales. Construye grandes epopeyas, ofreciendo a la par una panorámica sobre grandes ciclos legendarios.

Cómo podían recitarse estas grandes epopeyas es otra cuestión. En las Panateneas los poemas se recitaban íntegros, debiendo, para ello, relevarse los aedos. Se supone, así, que fueron escritos para festivales de este estilo. La recitación de uno de ellos podría llevar tres días y ser comparable a la representación, también en tres días, de las doce tragedias que en Atenas intervenían en los concursos trágicos de las fiestas Dionisíacas. Los requisitos indispensables para la composición de los poemas homéricos habían sido, pues, el conocimiento o mejor, la difusión de la escritura, el alumbramiento de la nueva civilización del siglo VIII y el surgimiento de festivales que concedieran amplio espacio a la recitación.



Anfora geométrica ática con representaciones de una escena funeraria y de guerreros
Museo Nacional de Atenas

III. Evolución interna del mundo griego durante la Edad Oscura

1. Población

Uno de los aspectos más significativos del período subsiguiente al mundo micénico, aquel que contempló su declive, es el de la drástica disminución de la población, perceptible en las distintas áreas griegas. Ciertamente, los desastres, como ya hemos comentado ampliamente, conllevaron una emigración masiva, pero el fenómeno de la despoblación emerge igualmente en las zonas en las que los micénicos se refugiaron, es decir, en la costa jonia e islas. Las razones conducentes a esta situación hay, pues, que buscarlas en otra parte, contemplando los diferentes aspectos componentes del cuadro. Así, junto a la constatación de la existencia de los ya estudiados signos de violencia, manifestados ampliamente a fines del XIII y algunas décadas después, se testimonia una llamativa interrupción de las comunicaciones ultramarinas, la desaparición de formas elaboradas de construcción así como de objetos de cuidada manufactura. Todo ello nos lleva a la inexcusable conclusión de la existencia de una ostensible degradación de la situación económica, cuyo punto más bajo no se alcanzó repentinamente, sino tras doscientos años de ininterrumpida decadencia. El descenso de población, que —se estima— significaría una reducción de ésta en tres cuartas partes, sólo se explica mediante la suposición de unas condiciones de vida extremadamente difíciles, a la par que la despoblación creciente generaba un proceso de empobrecimiento, perceptible en todos los campos: se pierden los conocimientos artísticos y caen los niveles tecnológicos y agrícolas. De hecho, muchas regiones de Grecia, y en especial las islas se mantuvieron durante algún tiempo totalmente despobladas.

La recuperación se inicia en el siglo X. Así, en efecto, en los dos primeros siglos del primer milenio y sin que todavía pueda hablarse de un crecimiento espectacular, asistimos a un incremento de población, evidenciado en el aumento de lugares habitados con relación al siglo XI. La auténtica «explosión demográfica» sobrevendría en el VIII, dando motivo a su vez a una situación enormemente conflictiva, por cuanto contribuyó a la agudización de los problemas internos ya en germen en el seno de la sociedad de las *póleis* griegas.

El mito de las edades

Al principio los Inmortales que habitan mansiones olímpicas crearon una dorada estirpe de hombres mortales. Existieron aquéllos en tiempos de Crono, cuando reinaba en el cielo; vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatiga ni miseria; y no se cernía sobre ellos la vejez despreciable, sino que, siempre con igual vitalidad en piernas y brazos, se recreaban con fiestas, ajenos a todo tipo de males. Morían como sumidos en un sueño; poseían toda clase de alegrías, y el campo fértil producía espontáneamente abundantes y excelentes frutos. Ellos contentos y tranquilos alternaban sus faenas con numerosos deleites. Eran ricos en rebaños y entrañables a los dioses bienaventurados.

Y ya luego, desde que la tierra sepultó esta raza, aquéllos son por voluntad de Zeus démones benignos, terrenales, protectores de los mortales (que vigilan las sentencias y malas acciones yendo y viniendo envueltos en niebla, por todos los rincones de la tierra) y dispensadores de riqueza; pues también obtuvieron esta prerrogativa real.

En su lugar una segunda estirpe mucho peor, de plata, crearon después los que habitan las mansiones olímpicas, no comparable a la de oro ni en aspecto ni en inteligencia. Durante cien años los niños se criaban junto a su solícita madre pasando la flor de la vida, muy infantil, en su casa; y cuando ya se hacían hombres y alcanzaban la edad de la juventud, vivían poco tiempo llenos de sufrimientos a causa de su ignorancia; pues no podían apartar de entre ellos una violencia desorbitada ni querían dar culto a los Inmortales ni hacer sacrificios en los sagrados altares de los Bienaventurados, como es norma para los hombres por tradición. A éstos más tarde los hundió Zeus Cronida, irritado porque no daban las honras debidas a los dioses bienaventurados que habitan el Olimpo.

Y ya luego, desde que la tierra sepultó también a esta estirpe, estos genios subterráneos se llaman mortales bienaventurados, de rango inferior, pero no obstante también gozan de cierta consideración.

Otra tercera estirpe de hombres de voz articulada creó Zeus padre, de bronce, en nada semejante a la de plata, nacida de los fresnos, terrible y vigorosa.

2. Los siglos XI-X: aislamiento de Grecia. La primera colonización

Esta época de interrupción de comunicaciones contempla —a partir de mediados del siglo XI— un cambio social en Grecia: la utilización del hierro en vez de bronce. Las regiones donde comienza a trabajarse el hierro están geográficamente dispersas y sin lazos específicos: así Atica, la Argólida, Tesalia, litoral suroccidental de Asia Menor, Naxos y Creta, no correspondiendo tampoco a lugares donde existieran nacimientos de dicho mineral. La explicación de este florecimiento disperso hay que verlo en la necesidad de autoabastecimiento, encaminada a una supervivencia en estos momentos de aislamiento.

Pruebas del declive característico de este período las constituyen hechos de diferente orden a los que ya hemos aludido. Entre ellos puede destacarse la degradación en las técnicas de construcción, pues en aquellos lugares en que durante el Protogeométrico se procedió a reconstruir asentamientos, se manifiesta una pérdida de pericia técnica y calidad respecto al alto nivel de la época micénica. Sin poder detenernos en los diferentes tipos constructivos, puede mencionarse, por ejemplo, el alzado de muros a base de piedras pequeñas en vez de grandes bloques e incluso éstas en estado bruto, sin tallar en absoluto, o la difusión de la utilización del adobe. Cambian también los tipos de planta en las edificaciones domésticas con una preferencia hacia las absidales y ovales, lo cual marca un fuerte contraste con la Edad de Bronce. A diferencia de las absidales —difundidas ya desde el

Sólo les interesaban las luctuosas obras de Ares y los actos de soberbia; no comían pan y en cambio tenían un aguerrido corazón de metal. (Eran terribles; una gran fuerza y unas manos invencibles nacían de sus hombros sobre robustos miembros.) De bronce eran sus armas, de bronce sus casas y con bronce trabajaban; no existía el negro hierro. También éstos, víctimas de sus propias manos, marcharon a la vasta mansión del cruento Hades, en el anonimato. Se apoderó de ellos la negra muerte, aunque eran tremendos, y dejaron la brillante luz del sol.

Y ya luego, desde que la tierra sepultó también esta estirpe, en su lugar todavía creó Zeus Cronida sobre el suelo fecundo otra cuarta más justa y virtuosa, la estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses, raza que nos precedió sobre la tierra sin límites.

A unos la guerra funesta y el terrible combate los aniquiló bien al pie de Tebas, la de siete puertas, en el país cadmeo, peleando por los rebaños de Edipo, o bien después de conducirles a Troya en sus naves, sobre el inmenso abismo del mar, a causa de Helena de hermosos cabellos. (Allí, por tanto, la muerte se apoderó de unos.)

A los otros el padre Zeus Cronida determinó concederles vida y residencia lejos de los hombres, hacia los confines de la tierra. Estos viven con un corazón exento de dolores en las Islas de los Afortunados, junto al Océano de profundas corrientes, héroes felices a los que el campo fértil les produce frutos que germinan tres veces al año, dulces como la miel (lejos de los Inmortales; entre ellos reina Cronos.

Pues el propio > padre de < hombres > y < dioses se libró, y ahora siempre > entre ellos goza de respeto como < benigno. Zeus a su vez > otra estirpe creó < de hombres de voz articulada, los que ahora > existen < la tierra fecunda.)

Y luego, ya no hubiera querido estar yo entre los hombres de la quinta generación sino haber muerto antes o haber nacido después; pues ahora existe una estirpe de hierro. Nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias, ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán ásperas inquietudes; pero no obstante, también se mezclarán alegrías con sus males.

(Hesíodo, *Trabajos y días*, 110-180)

Bronce Medio y en rigor en las regiones periféricas del mundo micénico— este último tipo no tiene ningún precedente en la Grecia de entonces, pero fue, sin embargo, el predominante en torno al año 1000. En esta panorámica Creta constituye una excepción, pues continúan las construcciones en piedra, así como un tipo predominante, el de planta rectangular entre las construcciones domésticas, si bien hay algunos pocos restos de otras estructuras, como las ovales.

Sin embargo, y a pesar de la decadencia, fue en esta época cuando tiene lugar un hecho de enorme trascendencia en la historia de Grecia: la emigración jonia.

Pese a las distintas hipótesis emitidas al respecto, es lícito afirmar que fue en el siglo XI —con las salvedades que pueden hacerse en torno al caso de Mileto (cf. el capítulo sobre la Colonización griega en esta misma colección)— cuando se efectuó la primera oleada de asentamientos, aunque no pensada y planificada precisamente para servir de refuerzo de núcleos griegos ya existentes. Por sí misma constituye una prueba de la vitalidad de las comunidades griegas existentes en el siglo XI, a las que en estas circunstancias es necesario atribuir capacidad de organización.

El carácter de esta temprana colonización es distinto del mostrado por el gran movimiento colonizador de la época arcaica. Se trataba, en el tal caso de Jonia, de grupos independientes de emigrantes, conducidos por aristócratas, recordados después como fundadores de las ciudades jonias. De los testimonios de la tradición posterior cabe destacar los relativos a los orígenes geográficos de donde partió la migración, es decir, Atenas, así

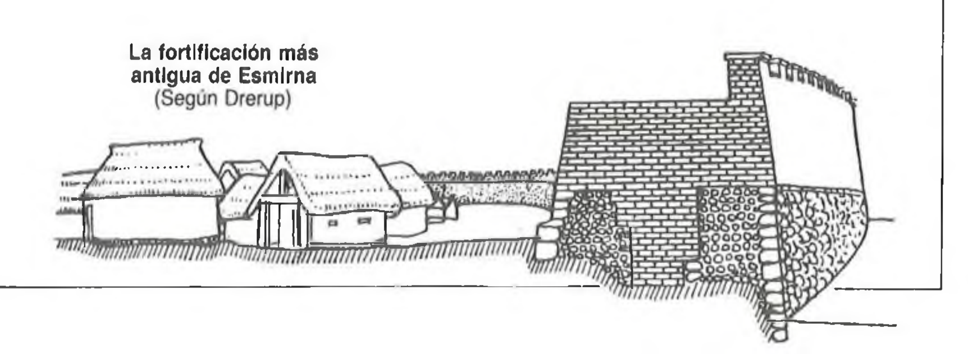


como que su dirección corrió a cargo de miembros de la familia real ateniense. Y ciertamente, tales noticias están en consonancia con el hecho de que Atenas fue, en el período anterior al 1000, un centro poblado y activo, de forma que bien pudo haber desempeñado el papel que la tradición le atribuye. Del mismo modo, el dato en torno a la participación de esta migración de eubeos, beocios y focidios concuerda con la impresión de que esas regiones estaban pobladas todavía en el III c, para caer en un período de oscuridad previo a la aparición de escuelas protogeométricas tardías.

La existencia durante este período de algunas regiones relativamente avanzadas y activas choca, no obstante, con el panorama ofrecido por el resto del territorio. Ciertamente, hay coincidencia entre los lugares donde surge el Protogeométrico —expresión no sólo de un estilo artístico nuevo, sino también de un alto nivel técnico, pues implica la utilización del torno, pincel múltiple, compás, etc.— y aquellos donde se testimonia un progreso material. Así el Protogeométrico hace su aparición tempranamente en el Atica, la Argólida, Tesalia, Naxos, Asia Menor occidental y quiza Corintia y Élide. Hay una pronta adopción de la cremación como rito funerario común en Atica, Naxos, Asia Menor occidental y también Creta. La técnica metalúrgica del hierro se presenta con una cronología alta en Atica, Argólida, Tesalia, Naxos, Asia Menor occidental y Creta.

El hecho de que estas regiones más avanzadas tengan como único rasgo común su accesibilidad al Egeo puede ser de alguna relevancia en conexión con la migración jonia. Snodgrass *(op. cit.*, pág. 375) apunta como hipótesis plausible que el desvío y concentración de población desde el oeste hacia el este del continente griego —recordado por la tradición y confirmado tanto por evidencia arqueológica como lingüística— se hubiera producido ya en este período y que la migración jonia representara el paso siguiente. Posteriormente, los lazos con los nuevos asentamientos del otro lado del Egeo y quizá el acelerado desarrollo y, por ende, prosperidad de éstos hicieron que las comunidades griegas más activas, además de las establecidas en Jonia, volvieran sus ojos hacia el Egeo y a sus regiones interiores, de manera que éste se convirtió en el foco de la civilización griega. El descuido y desinterés de las rutas terrestres a través de la Península balcánica de un punto marítimo de tanta relevancia como el Golfo de Corinto no podía durar, sin embargo, demasiado tiempo, de tal manera que el modelo seguido por la civilización griega a lo largo de los siglos XI-X se rompió. Ya antes de mediado el siglo VIII cambia el panorama: Tesalia entra en una etapa de oscuridad y atraso; Corinto centra su atención en el Mediterráneo occidental; Esparta comienza a adquirir importancia y también se vuelve hacia occidente, como lo hacen asimismo otros estados, y centros religiosos panhelénicos surgen en regiones marginadas como Elide y Fócide.

La fortificación más antigua de Esmirna
(Según Drerup)



3. Condiciones económicas

A falta de datos directos sobre ellas, sólo podemos afirmar, aun a riesgo de parecer una perogrullada, que nuestros mejores puntos de referencia están constituidos por las estructuras mejor conocidas de los períodos anterior y posterior al aquí estudiado.

No es competencia nuestra, ni es éste el lugar indicado, para exponer la situación económica vigente en el mundo micénico, pero resumiremos sus rasgos esenciales, pues constituyen un punto de referencia obligado para la época oscura. Básicamente y a grandes rasgos son los siguientes:

1.º Se trata de reinos amplios y centralizados, con comercio activo en el interior, entre los distintos centros, y el exterior. Los ejes centrales eran: Cnossos, Pilos, Micenas, Tebas, Yolco.

2.º La tierra estaba repartida básicamente entre zonas comunales y propiedades privadas. Dentro de las primeras (ke-ke-me-na ko-to-na), pertenecientes colectivamente al pueblo o *damos,* pueden distinguirse las parcelas en arriendo, las poseídas por ciertos gremios, en parte también arrendadas a terceros, y las propiedades de individuos que las explotaban directamente. Aparte se reservaban lotes para el *lawagetas* y los jerarcas militares de categoría inferior. En cuanto a la correspondiente a la segunda clase (ki-ti-me-na, privada) era hereditaria y estaba en posesión, entre otros, de los *telestai.* Dentro de ella hay que distinguir también las de explotación directa y las dadas en arriendo a renteros. El *wanax,* máxima personalidad en la pirámide social micénica, se reservaba asimismo una parte, llamada *témenos.*

3.º El trabajo estaba muy especializado, sobre todo en facetas industriales. El estudio minucioso de las tablillas del lineal B —proceso en curso

Los foceos y Tarteso

Focea fue la primera ciudad de Jonia que atacó. Por cierto que estos foceos fueron los primeros entre los griegos que realizaron largos viajes por mar, y son ellos los que descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tarteso. Navegaban, no en naves redondas, sino en navíos de 50 remos. Y cuando arribaron a Tarteso, se ganaron la amistad del rey de los tartesos, cuyo nombre era Argantonio, que reinó en Tarteso ochenta años y vivió en total ciento veinte. De este hombre, pues, los foceos se hicieron tan amigos, que primero les invitó a abandonar Jonia para establecerse en la región que quisieran de su país, y luego, como en ese punto no podía convencer a los foceos, enterado por ellos de cómo progresaba el medo, les dio dinero para rodear su ciudad con una muralla. Y se lo dio sin escatimar, pues el circuito de la muralla mide no pocos estadios, y toda ella es de piedras grandes y bien trabadas.

(Heródoto I, 163)

La justicia y los poderosos

Así hablo un halcón a un ruiseñor de variopinto cuello mientras le llevaba muy alto, entre las nubes, atrapado con sus garras. Este gemía lastimosamente, ensartado entre las corvas uñas y aquél en tono de superioridad le dirigió estas palabras.

«¡Infeliz! ¿Por qué chillas? Ahora te tiene en su poder uno mucho más poderoso. Irás a donde yo te lleve por muy cantor que seas y me servirás de comida, si quiero, o te dejaré libre. ¡Loco es el quiere ponerse a la altura de los más fuertes! Se ve privado de la victoria y además de sufrir vejaciones, es maltratado.»

Así dijo el halcón de rápido vuelo, ave de amplias alas.

¡Oh Perses! Atiende tú a la justicia y no alimentes soberbia; pues mala es la soberbia para un hombre de baja condición y ni siquiera puede el noble sobrellevarla con facilidad cuando cae en la ruina, sino que se ve abrumado por ella. Preferible el camino que, en otra dirección, conduce hacia el recto proceder; la justicia termina prevaleciendo sobre la violencia, y el necio aprende con el sufrimiento. Pues al instante corre el Juramento tras de los veredictos torcidos; cuando la *Dike* es violada, se oye un murmullo allí donde la distribuyen los hombres devoradores de regalos e interpretan las normas con veredictos torcidos. Aquélla va detrás quejándose de la ciudad y de las costumbres de sus gentes, envuelta en niebla, y causando mal a los hombres que la rechazan y no la distribuyen con equidad.

(Hesíodo, *Trabajos y Días*)

de realización todavía— ha permitido, en efecto, desentrañar el grado de especialización y planificación a que había llegado la industria micénica, conociéndose así la existencia de múltiples ramas industriales: metalurgia, perfumes, textiles, curtidos y un largo etcétera. Los productos manufacturados constituían los principales objetos de exportación distribuidos por la amplia red de comunicaciones utilizada por los micénicos.

4.º No obstante, el mundo micénico se fundamentaba sobre una estructura de base agrícola y ganadera cuya explotación planificada permitió ese desarrollo industrial a que nos hemos referido en el punto anterior.

La panorámica que puede trazarse de la Edad Oscura es desde luego diferente teniendo siempre como telón de fondo un empobrecimiento generalizado, que no fue repentino sino progresivo. Ciertamente, la agricultura continuaba siendo la base para la subsistencia, pero con un papel más importante, fortalecido por el debilitamiento o desaparición de otras actividades económicas —industria y comercio— de gran protagonismo en el período micénico. Dentro de la agricultura pudo haber habido cambios relativos a los distintos cultivos y su distribución, de lo que, sin embargo, carecemos de testimonios.

No obstante, la despoblación llevaría consigo un descenso en la intensidad de los cultivos. Análisis de polen petrificado hechos en la zona del Peloponeso occidental demuestran que las cosechas eran más pequeñas que antes y que las plantaciones de olivos eran salvajes, sin intervención humana. Pese a esto, no se produjo, sin embargo, una interrupción del desarrollo agrícola, pues la terminología relacionada con la agricultura —plantas producidas, aperos de labranza, etc.— progresó. Ciertamente, cultivos como la viña, el olivo, etc., que reque-

rían un grado estable de seguridad, estarían menos extendidos, pero no totalmente abandonados, hasta que el desarrollo económico de la época arcaica haría de ellas objetivo preferente.

En cuanto a la ganadería podemos afirmar que continuó siendo un factor de gran importancia económica. Ya en el mundo micénico su explotación estaba muy planificada, no sólo cara al suministro de alimentos básicos, sino también como proveedora de materias primas para diversas ramas industriales (textil, de perfumes, curtidos, etc.), estimándose, por ejemplo, que incluso existían centros dedicados a la reposición de reses. Si bien toda esta actividad centralizada en la administración palaciega micénica desapareció, no disminuyó la relevancia de la ganadería como actividad económica fundamental. Huellas, y corroboración incluso, de este aserto podemos encontrarlas en el énfasis con que Homero describe los rebaños como parte de la fortuna de los héroes, y en que pasara a constituir después una especie de patrón monetario.

Por otro lado, en las condiciones de empobrecimiento y despoblación y subsiguientes a la época micénica, el significado de la agricultura descendería a la par que mejorarían las posibilidades para la subsistencia de rebaños al haber más tierra susceptible de dedicarse a este fin. Estos, a su vez presentaban una ventaja añadida sobre otra clase de propiedad, en concreto la fondiaria: era una riqueza «móvil» que podía llevarse consigo en caso de peligro. J. Sarkady («Outlines of the development of Greek Society in the period between the 12th and 8th century B.C.», *Acta Antiqua Hungarica* 23, 1975, pág. 121) trae a colación otro argumento para probar la importancia de la ganadería en esta época: el descenso en el número de asentamientos, tal como la arqueología demuestra, parece contradicho por la continuidad observada en una gran mayoría de nombres de lugar. Tal contradicción se difumina al considerar la ganadería como una forma de vida, pues parece claro que la población dedicada al pastoreo podía controlar amplios territorios y mantener los antiguos topónimos en lugares sólo visitados con los rebaños estacionalmente.



Crátera rodia de Kamiros
(En torno al 800 a.C.)
Museo de Rodas

Otras ramas de la actividad económica acusaron igualmente el empobrecimiento y la despoblación. Ya hemos mencionado repetidamente el descenso o desaparición de comunicaciones interregionales o ultramarinas. Su consecuencia fue un golpe mortal al comercio, elemento básico de la economía micénica. La comprobación arqueológica en cuanto a la ausencia casi total de importaciones y exportaciones ha sido comentada en otros lugares de esta exposición.

Efectos similares pueden detectarse en las diferentes ramas industriales. No es que desaparecieran, sino que se redujeron. Sólo las industrias más relevantes y elementales continuaron, como la cerámica, textil o la de carpintería, si bien con una importante caída cuantitativa respecto a la época micénica, perdiéndose a la vez el alto grado de perfeccionamiento y especialización alcanzado por los micénicos. También la industria metalúrgica del bronce fue decayendo tras el primer período de catástrofes, utilizándose este metal cada vez menos: ya en el Protogeométrico comienza a utilizarse el hierro, completándose en este período la transición de un metal al otro. En una época de aislamiento hubieron de ingeniárselas para, a falta de las importaciones imprescindibles en la fabricación del bronce, utilizar sus propios recursos.

4. Transformaciones sociales

Al hablar de las condiciones económicas, he debido referirme obligadamente, por ser punto de referencia indispensable, a las propias del mundo micénico. Y es nuevamente a él donde debemos volver la mirada para aprehender la panorámica social de época arcaica tras la serie de transformaciones acaecidas en el transcurso de los siglos oscuros.

La clase dominante micénica estaba compuesta por una aristocracia militar y terrateniente. A la cabeza del estado se hallaba el *wanax,* término que aplicado a dioses en la literatura antigua, demostraría el origen divino de la realeza, puesto de manifiesto en la descripción homérica. Sus poderes eran cuasi despóticos, habiéndose comparado frecuentemente a los detentados por los reyes de los pequeños estados del Oriente Próximo.

Por debajo de él estarían los *basilewes,* a juzgar por las tablillas de Pilos, donde aparecen en número de doce. Su función es oscura. En los documentos pilios parece que cada uno de ellos tenía una residencia propia, estando asistido además por un consejo de ancianos o *gerousia.* En otras tablillas, el *basileus* se presenta con funciones de inspector, pues controlaba el peso del bronce asignado a los forjadores de su localidad. Parece, por tanto, que el *basileus* fuera el jefe de distrito.

El *lawagetas* era el comandante militar supremo elegido por sus dotes para la guerra aprobado por los koireteres, cada uno de los cuales dirigía un regimiento *(orkha).*

El *wanax* disponía de un círculo de personas próximas a él que formaban su séquito: son los *hequetai* o «acompañantes». Estos podían desempeñar funciones distintas de acuerdo con la misión que en cada caso quisiera encomendarles el *wanax,* en ca-

lidad de comisionados o delegados personales. Formaban, además, su Consejo y eran convocados cuando el *wanax* quería oír su opinión ante casos importantes.

Los *telestai* mencionados en las tablillas eran grandes propietarios de tierras, pertenecientes sin duda a la aristocracia.

Por debajo de esta clase predominante situada en la cúspide de la pirámide social, estarían todos aquellos dedicados a actividades industriales y mercantiles que junto con los pequeños propietarios conformarían una clase media por debajo de la cual se situaban los no propietarios y los esclavos.

Esta estratificación social tan marcada se encuadra dentro de la característica más sobresaliente de los reinos micénicos: su centralización. El absoluto control de toda actividad política y económica, ejercido desde el palacio, implicaba, a su vez, que los beneficios derivados de una industria tan floreciente, cuya producción era distribuida a través de los canales comerciales existentes, recaían sobre todo en el rey, y los miembros de la corte. La posición de éstos quedaba así fortalecida dentro de la estructura política del Estado. De todos modos, hemos de pensar en que las zonas rurales alejadas de los grandes centros no contemplarían una división del trabajo ni una estratificación de la sociedad tan acusadas.

Por lo demás, los micénicos conservaron una estructura social que es la típicamente indoeuropea de tiempos de las emigraciones. Si permaneció inalterada fue debido precisamente al continuo estado de guerra justificativo del mantenimiento de un poder centralizado. Cuando las circunstancias políticas variaron, ya no pudo mantenerse un tipo social como el descrito.

Durante la Epoca Oscura la conformación social y económica del mundo griego se trasformó radical-

La esclavitud por deudas antes de Solón

Mas yo, para cuantas cosas reuní al pueblo, ¿de cuál desistí antes de lograrla? Podría testimoniar de esto en el tribunal del Tiempo la gran madre de los dioses olimpios, la excelente, la Tierra negra, de la cual yo antaño arranqué los mojones en muchas partes ahincados; ella, que antes era esclava y ahora es libre. A Atenas, nuestra patria fundada por los dioses, devolví muchos hombres que habían sido vendidos, ya justa, ya injustamente, y a otros que se habían exiliado por su apremiante pobreza; de haber rodado por tantos sitios, ya no hablaban el dialecto ático. A otros, que aquí mismo sufrían humillante esclavitud, temblando ante el semblante de sus amos, les hice libres. Juntando la fuerza y la jusitica tomé con mi autoridad estas medidas y llegué hasta el final, como había prometido; y, de otro lado, escribí leyes tanto para el hombre del pueblo como para el rico, reglamentando para ambos una justicia recta. Un malvado ambicioso que como yo hubiese tomado en sus manos el aguijón, no habría contenido al pueblo en sus límites; pues si yo hubiese querido lo que entonces deseaban los contrarios, o bien lo que planeaban contra éstos los del otro bando, esta ciudad habría quedado viuda de muchos ciudadanos. Por ello, procurándome ayudas en otras partes me revolví como un lobo entre los perros.

(Solón, *Yambos* 24)

mente. Al desaparecer las condiciones económicas descritas se desintegró asimismo la sociedad y la superestructura política constituida sobre ella. Dejaron de existir los cuerpos gobernantes de los estados, desapareciendo la burocracia administrativa y religiosa. Las intrincadas relaciones de dependencia se simplificaron radicalmente. Por otro lado, se asiste a una eliminación progresiva de las propiedades comunitarias, sustituidas por la propiedad privada, proceso éste en germen en la propia estructura micénica, en razón de su complicado sistema de propiedad. Cuando los estados centralizados y burocráticos entraron en crisis, las normas comunitarias desaparecieron, creándose una situación de inseguridad en la que los antiguos terratenientes llevaron la mejor parte, mientras otros perdieron todo derecho a la tierra que trabajaban.

Las funciones locales de pequeños grupos sociales, así como oficiales militares, coincidentes en parte con los anteriores, tuvieron un mayor grado de perduración, pues dirigir una comunidad y asegurar su supervivencia en momentos difíciles, como fueron los subsiguientes a la caída de los palacios, era primordialmente una tarea de índole militar. Así se explica la identificación que desde Homero hasta la época clásica se hace entre jefe o dirigente político y comandante militar o soldado valiente. Pues es, en efecto, la figura del máximo responsable político el ejemplo más claro de la transformación institucional acaecida.

El *wanax* micénico, pese a las discusiones al respecto, tenía con certeza un carácter religioso, como también lo detentaron los reyes griegos posteriores, si bien su poder era menor. Entre una y otra época pudo haber en este aspecto diferencias de grado. Por lo demás, las facetas económica y militar de los reinos micénicos son mucho más destacadas, de modo que su líder, el *wanax*, poseía el control de toda la vida económica y el mando del ejército, con la ayuda del *lawagetas*. Después de la época micénica, ya el mismo nombre de *wanax* deja de utilizarse con excepción de Chipre. Sólo la poesía salvaguardó el título, así como la religión, donde se aplica a las divinidades.

Así, el término utilizado posteriormente es el de *basileus*. El cambio de denominación conllevaba también una modificación del contenido. Ciertamente, el rey es el jefe único del pueblo, comandante del ejército, con poderes también judiciales y religiosos, pero éstos ya no son ilimitados, ni despóticos, ni de carácter divino.

Esta transformación sobrevino tras el primer período de desastres en torno al 1200. El proceso estuvo acompañado probablemente por la destrucción de los antiguos centros urbanos. Un restablecimiento del sistema anterior no se produjo en los centros reconstruidos y rehabitados. Pero tal cambio se efectuó también en aquellas zonas no afectadas por la oleada destructora. Así, por ejemplo, en el Atica, donde subsistió el centro antiguo, vemos como el pueblo, en los albores del período histórico, aparece gobernado por el *basileus*. De todos modos lo que emerge ante nuestros ojos es ya una nueva realidad, es decir, un cambio ya efectuado, aunque se nos escape cómo se realizó, y de qué modo se crearon las competencias del *basileus* hasta convertirse en el rey, ya que —como sabemos— el *basileus* micénico era un personaje significativo, pero no necesariamente el más alto en la administración micénica, pues ni siquiera nos es dado definir con previsión su carácter.

La nueva forma de realeza fue acompañada por una nueva organización política y social. Durante la época arcaica, el otro punto de referencia obligado, los griegos estaban ya organizados en la mayoría de los estados en clanes y tribus *(genos, fratria, phyle)*. Tal organización ha sido considerada a menudo la forma originaria

y general del tribalismo griego. Sin embargo, el sistema tribal en su forma original sólo se halla entre los dorios y jonios, sin que se encuentren huellas de él en las fuentes escritas de época micénica. Tampoco parece que haya desempeñado papel alguno en sociedades antiguas de carácter oriental. Tal presunción viene avalada por el hecho de que no se encuentran rasgos del sistema tribal en Chipre, Arcadia o entre los etolios, donde formas micénicas lograron sobrevivir, si bien en un nivel rudimentario. Por otro lado, tampoco hay tal sistema tribal entre las tribus noroccidentales que no eran micénicas, por lo cual la idea de que el tribalismo griego representara la continuación del primitivo comunismo de las tribus al margen de la cultura micénica debe desecharse.

Así pues, hay que pensar que el sistema tribal griego no es el desarrollo ni la evolución de la sociedad micénica ni de un sistema social gentilicio que coexistiera con el anterior. Surgiría al final de la época micénica o en el período inmediatamente posterior como una evolución a partir de estructuras sociales y familiares existentes fuera de los centros micénicos, en el campo y en algunos territorios periféricos que surgirían como entidad propia una vez que cayó el imperio micénico, pasando tales organizaciones a ser independientes. El sistema en su conjunto, no obstante, representa una nueva estructura militar y política, originada probablemente en las zonas orientales de Grecia central cuando protojonios y protodorios entraron en contacto.

Con el tiempo, y de acuerdo con el surgimiento y protagonismo de la propiedad privada, se produciría una polarización económica que conllevaba a su vez una polarización social. Así, cada fratría se fue conformando en torno a un genos aristocrático que incluía varios *gene* inferiores y dejaba

Busto de bronce de una sirena
(Siglo VII a.C.)
Museo de Olimpia



Comportamiento humano y justicia divina

Para aquellos que dan veredictos justos a forasteros y ciudadanos y no quebrantan en absoluto la justicia, su ciudad se hace floreciente y la gente prospera dentro de ella; la paz nutridora de la juventud reside en su país, y nunca decreta contra ellos la guerra espantosa Zeus de amplia mirada. Jamás el hambre ni la ruina acompañan a los hombres de recto proceder, sino que alternan con fiestas el cuidado del campo. La tierra les produce abundante sustento y, en las montañas, la encina está cargada de bellotas en sus ramas altas y de abejas en las de en medio. Las ovejas de tupido vellón se doblan bajo el peso de la lana. Las mujeres dan a luz niños semejantes a sus padres y disfrutan sin cesar de bienes. No tienen que viajar en naves y el fértil campo les produce frutos.

A quienes, en cambio, sólo les preocupa la violencia nefasta y las malas acciones, contra ellos el Cronida Zeus de amplia mirada decreta su justicia. Muchas veces hasta toda una ciudad carga con la culpa de un malvado cada vez que comete delitos o proyecta barbaridades. Sobre ellos desde el cielo hace caer el Cronión una terrible calamidad, el hambre y la peste juntas, y sus gentes se van consumiendo. (Las mujeres no dan a luz y las familias menguan por determinación de Zeus Olímpico; o bien otras veces) el Cronida les aniquila un vasto ejército, destruye sus murallas o en medio del Ponto hace caer el castigo sobre sus naves.

¡Oh reyes! Tened en cuenta también vosotros esta justicia; de cerca metidos entre los hombres, los Inmortales vigilan a cuantos con torcidos dictámenes se devoran entre sí, sin cuidarse de la venganza divina.

(Hesíodo, *Trabajos y días,* 202-252)

fuera a los *metanastai* y a los esclavos. De hecho la pirámide social fue aumentando su base con el progresivo empobrecimiento de los *tetes* y la pérdida de la libertad por deudas. Es en lo esencial la misma situación que perdurará en muchas regiones durante la época arcaica. La estratificación social se produjo, pues, como resultado de un nuevo desarrollo económico. La riqueza de los aristócratas estaba basada en el trabajo de otros menos favorecidos, *tetes* y esclavos. Su papel en el ejército estaba, asimismo, en relación directa con su supremacía económica. También los asuntos religiosos y culturales estaban concentrados en las manos de las familias más ricas. Es así como la aristocracia se convirtió en un estado cerrado con toda clase de prerrogativas, adquiriendo poderes antes detentados por los reyes. Pasó a ostentar de esta manera el liderazgo de los asuntos políticos, creando organismos de gobierno de rasgo aristocrático y que sirvieran a los intereses de clase. Tales sistemas aristocráticos son característicos de las *póleis* en su estadio primitivo. En ellas, el *basileus* pasó a ser un funcionario, eso sí, de los más relevantes, pero dejando de ser rey hereditario.

Simultáneamente se registra, como hemos dicho, un aumento de gentes cuyo trabajo creaba la base de la riqueza del grupo más reducido de aristócratas. Eran jornaleros que, habiendo perdido sus tierras, trabajaban por cuenta ajena, artesanos y esclavos.

Sobre esta sociedad clasista es sobre la que se apoyará la estructura política que emergerá con toda su fuerza en el período posterior: la *polis.* Nominalmente se mantendrá el sistema tribal, pero, de hecho, el *genos* desaparece como unidad social básica en cuanto surja la *polis.* Esto es en principio especialmente claro en la esfera religiosa: los cultos de los *gene* más importantes se convierten en cultos de la *polis*, mientras eran determinados *gene* los que se encargaban de suministrar sacerdotes a dicho culto, como por ejemplo, los Eteobútadas de Atenas respecto a los de Atenea Poliade y Posidón Erecteo. Un mundo nuevo, cuyo largo caminar hemos intentado analizar, había surgido: comenzaba la época arcaica.

Bibliografía

Atti del VI Congreso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protoistoriche, Roma, 1962.

M. Bowra: *The Meanings of a Heroic Age.*

R. Carpenter: *Discontinuity in Greek Civilisation.* Cambridge, 1965.

J. Chadwick: «Who Were the Dorians?» *Parola del Pasato,* 1976.

El mundo micénico. Madrid, 1983.

J. N. Coldstream: *Geometric Greece.* Londres, 1977.

Greek Geometric Pottery. Londres, 1968.

V. R. d'Desborough: *The Greek Dark Age.* Londres, 1972.

The Last Myceneans and their Succesors. Londres, 1964.

Protogeometric Pottery. Londres, 1952.

M. I. Finley: *El mundo de Odiseo.* México, 1961 (edic. inglesa de 1954).

A. Forumark: *The Mycenaean Pottery. Analysis and Classification,* 1941.

J. L. García Ramón: *Les origines postmycéniennes du grupe dialectal éolien.* Salamanca, 1975.

M. Gimbutas: *Bronce Age Cultures in Central and Eastern Europe,* 1965.

M. S. Hood: *The Home of the Heroes.* Londres, 1967.

J. Hooker: *Mycenean Greece.* Londres, 1976.

R. J. Hopper: *The Early Greeks.* Londres, 1976.

G. S. Kirk: *The Homeric Poems as History.* CAH, 1964.

A. B. Lord: *A companion to Homer.* Cambridge, 1962.

F. Rodríguez Adrados, M. Fernández Galiano, J. Lasso de la Vega y L. Gil: *Introducción a Homero.* Madrid, 1963.

M. P. Nilsson: *Homer and Mycenae.* Londres, 1933.

M. Parry: *Homer and Homeric Style.* París, 1930.

J. Sarkady: «Outlines of the development of Greek Society in the period between the 12th and 8th century B.C.» *Acta Antiqua Hungarica,* 23, 1975.

F. Schadewalt: *Ilias Studien.* Leipzig, 1938.

A. Snodgrass: *The Dark Age of Greece.* Londres, 1972.